

EL EQUIPAJE

DEL

REY JOSÉ

PARTE I

I

El 17 de marzo de 1813 salieron de Palacio algunos coches, seguidos de numerosa escolta, y bajando por Caballerizas a la Puerta de San Vicente, tomaron el camino de la Puerta de Hierro.

—Su Majestad intrusa va al Pardo —dijo don Lino Paniagua en uno de los corrillos que se formaron al pasar los carruajes y la tropa.

—Todavía no es el tiempo de la bellota, señores —repuso otro, que se preciaba de no abrir la boca sin regalar al mundo alguna frutecilla picante y sabrosa del árbol de su ingenio.

—Su Majestad se ha convencido de que no engordará en España, y por ese camino adelante no parará hasta Francia —indicó un tercero, hombre forzado y ordinario que respondía al nombre de Mauro Requejo.

—¡A Francia! Todas las mañanas nos saluda la gente con el estribillo de que se marchan los^{p. 6} franceses aburridos y cansados, y por las noches nos acostamos con la certidumbre de que los franceses no se aburren, ni se cansan, ni tampoco se van.

—Tiene razón el señor don Lino Paniagua —declaró otro personaje que se distinguía de los demás del grupo por el deslumbrante verdor de sus anteojos y un extraño modo de reír, más propiamente comparable a visajes de cuadrúmano que a muecas de racional—. ¡Tiene razón! Hace cinco años no se oye más que esto: «Se van sin remedio; ya no pueden sostenerse ni un día más: el *lord* dará buena cuenta de todos ellos dentro del mes que viene...» Y así corren los meses y los años: la gente muere, el pan sube, los pleitos merman, el dinero se acaba, y los franceses no se van sino para volver. Cuatro veces hemos visto salir al señor Pepe, y

cuatro veces le hemos visto entrar con más bríos. ¿Se acuerdan ustedes de la batalla de Bailén? Pues todos decían: «Gracias a Dios que se acabó esto. No ha quedado un francés para simiente de rábanos.» ¡Ay! no pasaron muchos meses sin que les viéramos otra vez mandados por el Emperador en persona. Al cabo de cinco años se ha repetido la fiesta. Diose una batalla en Salamanca y aquí de mis bocas de oro. «¡Ya se acabó todo!... ¡Gracias a Dios!... Viva el *lord*!...» Los franceses salen por un lado y los ingleses entran por otro... Pero esto parece escenario de un teatro: el *lord* se va por la derecha, y José se nos cuela por la izquierda... Señores, no puedo olvidar las acotaciones de las comedias, que dicen *hace que se va y se p. 7 queda*... A mí, que soy perro viejo y tengo sobre mi alma cristiana cuatro dedos de envidia de marrullería, no se me emboba con estas entradas y salidas.

—El señor licenciado Lobo —dijo don Narciso Pluma, que a la sazón se aproximó— se halla tan bien en su escribanía de cámara que no quisiera le molestase el ruido de las tropas, ni el estrépito de la guerra. Al fin y al cabo, los destinos dados por Murat no han de ser eternos.

—Ya os veo venir, embrollones; os entiendo, farsantes; os conozco, trapisondistas —repuso Lobo disimulando su enojo—. ¿Quieren hacerme pasar por afrancesado?... Parece que corren vientos anglicanos y wellingtonianos...

—Puede ser.

—Señores, demos una vuelta por los Pozos de Nieve a ver si clarean las casacas rojas del lado de Fuencarral y Alcobendas.

—¿Por qué no? El ejército aliado parece que viene hacia acá. Pero en suma, señores, ¿a dónde va esta gente? ¿Qué tinajas atraen con su olorcillo a nuestro intruso mosquito?

—Yo digo que no pasa del Pardo.

—Y yo que antes dejará de catarlo que quitarse el polvo de las botas mientras no llegue a la raya de Francia.

—Por allí viene el reverendo Salmón que nos dirá la verdad, pues este fraile de la Merced gusta de cucharetear con todo el mundo, y aquí cojo un vocablo, allá pesco una sílaba, ello es que todo lo sabe.

—Bien venido sea el Padre Salmón —dijo p. 8 Requejo adelantándose a saludar al venerable mercenario que en la noble compañía del marqués de Porreño tornaba de la Virgen del Puerto.

—¿Y qué nuevas tienen ustedes, señores míos? —preguntó el buen fraile limpiando el sudor de su rostro, pues según se fatigaba al subir la empinada cuesta de San Vicente, parecía que se dejaba la mitad de sus rollizas carnes en el camino.

—Como Vuestra Paternidad no nos diga algo...

—El aparato de fuerza que lleva el rey, y la muchedumbre de coches en que le acompaña su servidumbre francesa y española —dijo con gravedad el marqués de Porreño— prueban que el viaje será largo.

—Estamos a 17 de marzo... Pasado mañana son los días de don Pepito —indicó el fraile frotándose las manos—. Quiere celebrarlo en el Escorial.

—¿En marzo? Eso es hablar en mojigato —dijo Pluma señalando con picaresca malignidad a un anciano astroso y taciturno que hasta entonces no había desplegado sus sibilíticos labios—. El señor Canencia que está presente le enseñará a usted a hablar en jacobino. No se dice marzo, sino *Ventoso*, víspera de *Germinal* y antevíspera de *Floreal*.

Todos se rieron a costa del abatido don Bartolomé Canencia, que habló de esta manera:

—En mi escuela se atiende a los hechos, no a las palabras: *factis, non verbis*.

—Estamos en marzo —afirmó Lobo—; pero p. 9 ahora nos ocupamos de nuestro rey postizo, y ya se sabe que ese está siempre en *Vendimiario*.

—Veo que será preciso buscar las noticias en otra parte —dijo con impaciencia Paniagua—. El Padre Salmón no está hoy de vena para contar, y don Bartolomé Canencia, que conoce todos los pasos de los franceses como los saltos de las pulgas dentro de su camisa, no nos quiere decir nada, sin duda por no vender a sus amigos.

—¡Mis amigos, los franceses! —exclamó Canencia turbándose como jovenzuelo tímido, a quien se descubre un secreto amoroso—. ¿Soy acaso hombre que se entusiasma con las victorias militares de Juan y de Pedro? ¡Batallas! ¡Ejércitos! ¡Napoleón! ¡Lord Wellington! ¡Qué basura! Soy partidario del género humano, señores. Odio las guerras, destructoras de la *convención* social, y aguardo el día de la independencia de los pueblos. Sé que me calumnian; sé que algunos se atreven a sostener que estuve en Salamanca en una sociedad masónica... ¿Por ventura estas mis venerables canas y esta entereza filosófica que debo a mis estudios son a propósito para degradarse en logias y

aquellarres...? Pero basta que me hayan dado ese miserable destinillo en la contaduría del Noveno para que se me crea ligado en cuerpo y alma a los Bonapartes, señores; a los hijos de doña Leticia, que hoy dominan el mundo con la espada... ¡Como si la espada fuera otra cosa que un pedazo de acero, una herramienta brutal, una lanceta inerte y punzante^{p. 10} que solo sirve para sangrar a los pueblos!... Y entre tanto las ideas... Volved los ojos a todos lados y decidme: ¿dónde están las ideas?

Las risas impidieron a Canencia seguir adelante en su comenzado discurso. Salmón le quitó la palabra de la boca, para decir:

—Mala pascua me dé Dios y sea la primera que viniere. Si a este don Bartolomé no le cambian pronto su plaza de la contaduría del Noveno por una jaulita en el Nuncio de Toledo... En suma, nada nos ha dicho del viaje del rey. Lo que yo aseguro es que ayer nada se sabía en Palacio de tal viaje...

—Por allí viene quien nos ha de sacar de dudas —dijo Pluma señalando hacia Caballerizas.

Todos los del corrillo fijaron la atención en un joven bien parecido, de rostro alegre y franco que precipitadamente bajaba en dirección a San Gil. Vestía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1809, y a la cual pertenecían buen número de compatriotas nuestros con todos o casi todos los suizos y walones de los antiguos cuerpos extranjeros.

—¡Eh, Salvadorcillo Monsalud, Salvadorcillo Monsalud! —gritó el licenciado Lobo, llamando al mozo del uniforme.

—Es sobrino de Andrés Monsalud, el que apalearon en Salamanca —indicó con malicia Requejo—. El señor Canencia puede dar noticia de la batalla de los Arapiles y de los palos de Babilafuente.

—Señores patriotas, buenos días —dijo el^{p. 11} joven guardia acercándose al corrillo y saludando a todos con festivo semblante.

—¿Qué ocurre, discreto amigo aunque jurado? —le preguntó Salmón posando su mano en el hombro del mancebo—. ¿A dónde va por esos caminos el Emperador de las Tinajas?

—A Valladolid —repuso el militar.

—¡A Valladolid! —exclamaron todos—. ¡Ya lo presumía yo!

—Por allí están la Nava, Rueda, la Seca, Mojados y demás cepas...

—¿Conque a Valladolid?

—No faltarán batallas... —indicó el joven con énfasis—. Napoleón ha mandado un propio a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

—¿Un recadito?

—Y nosotros salimos también... Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados...

—Con los empleados los empleos —añadió Lobo—. Eso será bueno.

—En Palacio están empaquetando a toda prisa cuadros y alhajas —prosiguió Salvador con alborozo y orgullo, propios de la juventud al verse portador de nuevas estupendas—. Ayer embaulamos juntamente con la batería de cocina una tabla pintorreada que llaman el *Pasmo de Sicilia*... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van a embargar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

—¡Todos los carros! Pero esta gente nos va a dejar sin un alfiler para atrabarnos las chorreras.

p. 12—¿Acaso vinieron a otra cosa? Pues qué —afirmó Salmón—, ¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir a España?

—Y ahora, señores —dijo el militarejo—, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de Palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos: deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos sujetos, marchando cuál a su oficina, cuál a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle, y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo.

¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido, en efecto, para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscowa, se disponía a emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición.

Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general

Jourdan, dejó a este con la palabrap. 13 en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el Real Palacio que quedaba detrás, sentado en los bordes de la Villa, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra, José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente podrían conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que veía Su Majestad tras sí, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, o, por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino cautiverio y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca, las rojas murallas, el rastrero jardín, entre cuyo follaje levanta su abollada techumbre la ermita de la Virgen del Puerto?...

Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche; mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Boabdil el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su Palacio, y su polvo, y su claro cielo, y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

II

Salvadorcillo Monsalud era un joven de veintiún años, de estatura mediana y cuerpo airoso y flexible. Su rostro moreno asemejábase un poco al semblante convencional con que los pintores representan la interesante persona de San Juan Evangelista, barbilampiño y un poco calenturiento, con singular expresión de ansiedad inmensa o de aspiración insaciable en los grandes ojos negros. Grave seriedad sentimental se desprendía de su persona, de su voz y de su porte; cautivaba a todos por su cortesía, y a las muchachas por su agraciada

delicadeza no adquirida con la educación, pues había nacido en cuna muy humilde. Era como el Evangelista, algo tímido y muy circunspecto, lo cual no resultaba útil en este siglo, ni aun cuando principiaba. Con su traje de guardia española, Monsalud estaba muy gallardo, pero sin aquel espantable continente marcial que caracteriza a los militares de afición: era su figura la de un soldado en yema o campeón verde que aún no se había endurecido al sol de los combates, ni acorazado con la fanfarrona soberbia de una larga vida de cuarteles.

Este joven tenía por tío a Andrés Monsalud, que vivía en la Cava Baja, y por amigo íntimo^{p. 15} y confidente a un compatriota llamado Juan Bragas, que con él viniera poco antes de la Puebla de Arganzón a buscar fortuna. Había emigrado Salvador por razones que se conocerán en el transcurso de esta historia, y que no eran ciertamente alegres. Indeciso primero sobre la carrera a que debía dedicarse, y no sintiéndose con vocación para el comercio ni para la curia ni para la Iglesia, entrose de rondón por la puerta del militarismo, ancha y abierta siempre, y que tiene la ventaja sobre las demás puertas, incluso la Otomana, de llevar rápidamente a todas partes. Diérole su buena madre al partir una cantidad que podía parecer considerable en el condado de Treviño, pero que en Madrid era de esas que se disuelven pronto en la inmensidad de la vida, como grano de sal en tinaja de agua. Viéndose, pues, el joven sin nada blanco ni amarillo en sus arcas, y no teniendo más tesoro que los sabios consejos de su insigne tío don Andrés Monsalud, resolvió aprovecharse de este caudal, que a todas horas se le vertía en los oídos, ya en forma de reprimenda, ya con color de amonestación. No por entusiasmo, no por falta de patriotismo, no por bélico ardor, sino por necesidad, entró Salvador en uno de los regimientos españoles que servían malamente a José, y a los cuales llamábamos entonces *jurados*. Bien pronto le dieron las charreteras de sargento.

Eran los individuos de estos cuerpos muy aborrecidos y escarnecidos en Madrid, por servir al enemigo intruso, tirano y ladrón de la patria; pero Monsalud no se preocupaba de^{p. 16} esta falta de estimación que al recaer sobre la infame bandera, alcanzaba también a su humilde persona. Aunque el joven tenía ideas y no pocas, si bien revueltas, confusas y desordenadas, aún no poseía las que comúnmente se llaman ideas políticas, es decir, no había llegado, a pesar del vehemente ardor de la generación de entonces, al convencimiento profundo de que la solución

nacional fuese mejor o peor que la extranjera. No faltaba ciertamente en su corazón el sentimiento de la patria; pero estaba ahogado por el precoz desarrollo de otro sentimiento más concreto, más individual, más propio de su edad y de su temple: el amor. Está escrito que en ciertos casos, tal vez siempre, el rostro de una mujer tenga mayores dimensiones y ocupe dentro del universo más grande espacio que las inmensidades materiales y morales de la patria. Por esta causa, por este aparente absurdo, Fernando el Deseado y José Bonaparte eran a los ojos de Monsalud, dos figuras lejanas y pequeñas, que apenas se parecían en las nieblas del cerrado horizonte.

Quién era la persona que así llenaba la fantasía y ocupaba las potencias todas del alma de este joven, sabralo el lector más adelante, cuando con sus propios ojos la vea y oiga su vocecita y conozca su historia. Monsalud estaba solo en Madrid, porque realmente para él los cien mil habitantes de la capital no eran nadie, ni su amigo y su tío eran tampoco gran cosa. La soledad y la distancia habían ahondado el hoyo de su pensamiento, dentro del cual tristemente se revolvía, escarbando con^{p.} 17 ardor por todos lados sin hallar salida, ni respiro, ni luz.

Hemos dicho que tenía un amigo, sí: Juan Bragas, joven nacido como Monsalud en el lugar de Pipaón, y que, poseedor de mayores recursos y valimiento, había resistido a las primeras escaseces de la vida cortesana, pescando al fin, por lo muy pedigüeño y sumiso, una pluma de ganso en las covachuelas. Juan Bragas era, pues, covachuelista, es decir, palote árido y enteco en el cual debía injertarse después la vigorosa rama del funcionario público. Su carácter difería mucho del de Monsalud, y, sin embargo, se juntaban ambos jóvenes con sumo gusto para charlar y referirse sus respectivas desventuradas aventuras.

Juan Bragas carecía por completo de imaginación y de sensibilidad fina; pero sabía poner las cosas en su sitio, y tenía el mejor ojo del mundo para ver todos los objetos en su tamaño real; poseía, en suma, aquel poderoso instinto aritmético que a ciertas organizaciones, quizás las más influyentes hoy, les sirve para reducir a cantidad o a tamaño, mejor dicho, a una forma visible y fácilmente apreciable, todos los hechos de la vida en lo moral y en lo físico. Bragas no se equivocaba nunca: tenía en sus juicios la infalibilidad de las matemáticas. Monsalud era una equivocación perpetua: llevaba infiltrado en su naturaleza el error constante y todas las deslumbradoras mentiras de la poesía.

A pesar de esto, no reñían nunca y se querían de veras. Quizás ha dispuesto Dios que el p. 18 mundo se componga de un Monsalud y de un Bragas. ¡Oh, admirable armonía y concordia sublime! Las cuerdas del harpa no exhalarían, no, su armoniosa voz, si no existiera una caja vacía y seca, una especie de ataúd oscuro que retumbase bajo ellas, y vibrase agrandando los sonos en su desnuda concavidad que podría servir de despensa.

Cuando Monsalud estaba libre del servicio iba a buscar a Bragas, el cual limpiaba una tras otra las amarillentas plumas, guardándolas en el cajón con tanto cuidado como guarda un cirujano sus instrumentos; se quitaba después los manguitos negros, se desperezaba, y tomando con la diestra mano el sombrero, y despidiéndose con la zurda de don Gil Carrascosa, jefe de la oficina, salía a la calle. Ambos jóvenes dirigían sus pasos por lugares no muy concurridos, bajando frecuentemente al campo del Moro, a la Virgen del Puerto, o bien se lanzaban intrépidos a las ondas de polvo del cerrillo de San Blas, o de la vuelta exterior del Retiro.

Un día, que debió de ser allá por los últimos de mayo de 1813, Bragas y Monsalud hablaron de esta manera:

—Amigo Juan Bragas, estoy de enhorabuena porque al fin voy a dejar este maldito pueblo que aborrezco. Los franceses se retiran mañana y yo con ellos.

—¿A Francia?

—O por el camino de Francia, al menos —añadió Monsalud—, con lo cual dicho se está que pasaré por la Puebla de Arganzón, nuestra p. 19 querida villa. Anímate, Juan... Ya me parece que estoy entrando por la calle Real; que me acerco a mi casa sin que mi madre lo sospeche; ya me parece que llego, empujo la puerta, y me presento dando gritos y porrazos. A mi madre se le cae la calceta de la mano, corre a echarse en mis brazos, y la aguja de media que lleva sobre la oreja, se me clava en la frente... El corazón me baila en el pecho, amigo Bragas, cuando tales cosas pienso.

—De veras te digo que pareces cómico —dijo Bragas riendo—. ¡Qué bien sabes fingir y representar una cosa que no es verdad!

—Y luego —añadió Monsalud—, saldré de mi casa, y paso a paso iré junto a Nuestra Señora de la Asunción, a cuya plazoleta caen las ventanas de Generosa, y arrojaré una chinita a los vidrios...

—Para que se asome Jenara con su pañuelo encarnado sobre los hombros... La pícara, ¡qué guapa es! —afirmó Bragas—. Me parece que la estoy mirando, cuando bailaba contigo en casa del maestro Rondaña. Salvador, ¿te acuerdas de aquel lunarcito que tiene sobre el rincón derecho de la boca? ¡Santa Virgen, qué rinconcito!

—Para retirarse a él y decir: «Ya no quiero más mundo.»

—¿Pues y aquel modo de mirar, y aquel reconcomio de ángeles divinos, cuando se menea, o alza los hombros, o le da a uno las buenas tardes? Paréceme que la oigo: «Buenas tardes, Braguitas, ¿has visto en las eras a Salvador Monsalud?»

p. 20—¡Ay, amigo! —exclamó el joven soldado dando un suspiro—. ¡Cuando uno piensa que ha tenido todo eso y todo eso ha perdido!...

—¡Miren el Juan Lanas! Valiente hombre tenemos aquí —dijo el de la covachuela mofándose de la sensibilidad un tanto exagerada de su amigo—. Échate a llorar, ponte flaco y amarillo, y echa suspiros al aire por una mujer, por un lunar bien puesto encima de una boquirrita. Mira, Monsalud, si tú eres necio, yo no lo soy. Ya te lo he dicho varias veces: las mujeres para un rato, y nada más. Mucho de te quiero y te adoro; pero después... puntapié. Eso de llorar y entristecerse, decir palabrotas y quererse morir por una de tantas, es propio de bobos.

—Tú no sabes lo que es el amor, Juan Bragas —dijo el soldado—, o mejor dicho, crees que viene a ser algo semejante a un plato de estofado.

—Ni más ni menos. Un plato de estofado repugna después de haber comido... Por consiguiente, no te acuerdes más de la Generosa, que a buen seguro ella se acuerda de ti como de las nubes de antaño. Los paisanos que llegaron el otro día me dijeron que se iba a casar con el hijo de don Fernando Garrote, el cual tiene más dinero que pesáis tú y Generosa juntos.

—¡Con el hijo de don Fernando Garrote, con Carlitos Garrote! —murmuró Monsalud palideciendo—. Juan Bragas, si vuelves a decir eso delante de mí, te cojo y... vamos, te cojo y te ahorco de un árbol.

—¡Piedad, señor mío! —dijo Bragas deteniéndose p. 21 ante su amigo y haciendo grotescos gestos—. Está usted enamorado, o lo que es lo mismo, imbécil, y los imbéciles suelen ser graciosos.

—Bragas, eres una bestia —dijo el soldado—. Para ti no hay más vida que el forraje que te echan todos los días en casa de tu patrón, don Mauro

Requejo. Siento tener por amigo una bestia; pero, en fin, eres un buen muchacho: tu solo defecto es que coceas de vez en cuando.

—Pero jamás he llevado sobre mí la albarda del enamoramiento. Ven acá, hombre sin seso, ¿de quién estás enamorado? De Generosa. ¿La ves acaso? ¿No está a cien leguas de donde tú estás? ¿No te dijo su abuelo que jamás casarías con ella por ser tú un triste pelón y tener tus arcas rasas, lisas y mondas como fondo de mortero de piedra? De modo que estás queriendo a una sombra, a un imposible, a una ilusión, a una telaraña: justo, esa es la palabra, a una telaraña.

—Juan —repuso Monsalud—, al oírte me confirmo en que eres un saco de carne, con dos agujeros que llaman ojos, para ver lo que se le pone delante, y boca y barriga para comer y llenarse de bazofia todos los días. Cada hombre tiene su destino en el mundo: el tuyo ya sabemos cuál es.

—Y el tuyo lo veo yo clarito también: holgazanear, mirar a las estrellas cuando las hay, taconear por las calles para llamar la atención de las costureras que pasan, no tener que comer, y ser toda la vida un señorítico cañihueco y hambrón.

p. 22—Pues mira, a veces se me ha ocurrido, amigo Bragas, que yo sería mucho más feliz si fuese como tú, es decir, un saco con sentidos. Pienso muchas veces en mi porvenir y digo: «Quién sabe, ¡vive Dios!, si esto que pienso será una mentira, una cosa vana y disparatada.» Todos los jóvenes hacemos nuestros cálculos para lo porvenir, Juan, y los míos son un poco extraños y fuera de lo común. A mí se me ha puesto en la cabeza que para levantarse todos los días, comer, dormir la siesta, pasear, cenar y meterse en la cama, no valía la pena de que hubiésemos nacido. Más vale ser un puñado de polvo que los vientos se llevan y desparraman por todas partes. O yo no he de valer nada, o he de vivir de otra manera. Soy un ignorante; sé poco de las cosas del mundo; mas por lo poco que sé, comprendo que hay muchos trabajos admirables en que el hombre se puede emplear. Digan lo que quieran, el mundo no marcha bien.

—Pues yo creo que marcha admirablemente —dijo Bragas riendo—. ¿También quieres enmendar la obra de Dios?

—No digo tal: quiero decir que esto no va bien; no sé si me explico. Si tú tuvieras siquiera un pedazo de alma, tendrías las inquietudes y los deseos que yo tengo, y estarías enamorado como yo lo estoy. Es un padecimiento; pero no puedes formarte idea de que se te quita este

padecimiento, sino haciéndote cargo de que estás muerto. Vivir curado del mal de amores es cosa que la mente no puede concebir, Braguitas.

p. 23—Dime, Salvador —indicó el covachuelo con ademán festivo—, ¿piensas seguir así?... Te juro que vas a hacer bonitísima carrera. Por ese camino de los amorosos sufrimientos y del suspirar y escupir sangre se va a general en poco tiempo.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero ser general en dos palotadas?... Lo que digo es que yo seré alguna cosa que meta ruido.

—Siendo militar y tambor, en efecto, puedes meter mucho ruido.

—Allá lo veremos... ¿Y tú qué piensas ser?

—¿Yo? Dificilillo es anunciarlo desde ahora, señor Monsalud; pero no me quedaré de monago. Sepa usía que en el fondo de mi baúl tengo siete duros.

—¿Y qué haces que no pones un buen comercio o un segundo Banco de San Carlos?

—Por poco se empieza. Yo sacaré el pie del lodo, señor Monsalud. Y no me pidas prestados los siete duros, porque más fácil será que saques un alma del infierno que sacar mis soles del fondo del arca donde los guardo. Como no me he de enamorar, ni siento comezón de echarme vinagrillo de los Siete Ladrones en el pañuelo, allí se estarán hasta que vayan otros tantos a hacerles compañía. Con que perdone por Dios, hermano, que no tenemos suelto.

—Bien sabes que nunca te he pedido nada.

—Pero pudiera ocurrírsete cualquier día, Salvador. Tú vas sacando malas mañas... Ahora que te vas al Norte, asistirás alguna batalla... Como no faltará algún pueblo que p. 24 entrar a saco, mucho ojo, amiguito, y mete mano.

—Descuida, soy buen amigo: si después de una batalla se reparte botín y me toca algo, te lo mandaré.

—Hombre, no es mala idea... Pero si te tocase alguna herida o descalabratura, puedes quedarte con ella.

—Oye, Juanillo —replicó vivamente Monsalud—, ¿no dices que tu mayor gusto consistiría en ser ministro del rey para tener mucho dinero y hacer mucho bien, llenarte de gloria y morir honrado y bendecido?

—Sí.

—Pues te guardas el dinero, ¿eh?... y la gloria, la honra y las bendiciones me las mandas.

III

Así pensando y discutiendo, a veces riñendo y regalándose el uno al otro palabras un poco fuertes; haciendo luego las paces para prometerse amistad invariable, dieron nuestros dos amigos la vuelta del Retiro, y cuando tornaban a Madrid por la calle de Alcalá, vieron que discurría de arriba abajo mucha gente, y que contraviniendo las disposiciones de la policía francesa, en todas partes se formaban grupos. Pedíanse las personas unas a otras las noticias, arrebatándose las de la boca y comentándolas^{p. 25} para soltarlas luego desfiguradas. Cuál aseguraba saber mucho, cuál, ignorándolo todo, se hacía repetir hasta tres veces la misma noticia. Todos los madrileños parecían sorprendidos, y los más, alegres.

Al punto pararon mientes Monsalud y Bragas en aquella estupenda novedad de los corrillos y de la animación que se repetía, a pesar del Gobierno, siempre que llegaban noticias de alguna batalla. Deseosos de conocer la verdad de lo que ocurría, husmearon en varios grupos; mas no viendo caras conocidas en ninguno de ellos, no se atrevieron a meter su cucharada y se contentaron con algunas palabras sueltas. Pero hacia las Baronesas creyó Bragas oír la voz de don Gil Carrascosa, abate antaño, y por entonces covachuelista en la misma covachuela del covachuelado mancebo. Acercáronse y vieron que el licenciado Lobo venía a su encuentro, juntamente con don Mauro Requejo y el señor Canencia. Fundiéronse todos en el grupo, a punto que Carrascosa decía:

—Mañana salen de Madrid los franceses. Parece que ahora va de veras, señores patriotas, y que no volverán más. El rey José está muy apretado y no puede pasar, según dicen, de la línea del Ebro. Aquí no quedará un solo francés, ni un solo jurado, ni un solo polizone, ni un solo jacobino. Respira, ¡oh patria!

—La verdad —dijo don Lino Paniagua, que también era de los presentes— es que Wellington se ha movido.

—Y parece que también se ha movido el^{p. 26} cuarto ejército que manda Castaños... Sin duda quieren cerrarles el paso de Burgos y Vitoria.

—¡Admirable plan! —exclamó Lobo—. ¡Cerrar el paso! Nada más claro. El cuarto ejército estaba en todas partes, como perejil mal sembrado. Castaños, en Extremadura con una división; Porlier y Losada, en Galicia con otra; Morillo, en Asturias; Mina, en Vizcaya. Lord Wellington, que desde Fregeneda ponía su lente en todo, les ha mandado adelantarse. Uno viene por aquí, otro por allá, con tan admirable concierto y arte como las piezas de un reloj que ordenadamente van andando, sin estorbarse una a otra. El francés, que con la cholla cargada de vapores viníferos se duerme en Valladolid, en Segovia, en Madrid y en Zaragoza, no ve el nublado hasta que le cae encima. Se asusta, llama a *Farfulla I* en su ayuda; pero *Farfulla I*, después de la campaña de Rusia, no está para fiestas, y héteme al rey José en campaña. Él había dicho, como los castellanos: «Vino puro y ajo crudo hacen al hombre agudo...», pero en buena se ha metido... ¡Grandes batallas se preparan! Todo esto, amigos míos, lo barruntaba yo; se necesita no tener un solo grano de sal en la mollera para comprender que hallándose el lord en Fregeneda, Longa y Mina en el Norte, Morillo en Asturias, y Carlos España en el Bierzo, pues... yo lo veo claro como el agua.

—Y yo turbio como el cieno —dijo Canencia con filosófico desdén—. ¡Una batalla más! Rousseau ha dicho que las verdaderas batallas^{p. 27} son las que gana la sabiduría contra la ignorancia de la corrompida humanidad.

No tardó en pasar el Padre Salmón, que, con el Padre Ximénez de Azofra y el marqués de Porreño, regresaba a su convento, y pegándose al grupo hizo varias preguntas.

—Eso ya lo sabíamos... que se va toda la canalla mañana temprano... ¿Pero y de los ejércitos, qué se dice?

—A mí se me figura —dijo con gravedad el marqués de Porreño—, se me figura... es idea mía... puede que me equivoque, pero juraría que el *lord* se ha movido.

—Eso no tiene duda —repuso Lobo dignándose repetir el plan de campaña con que poco antes había demostrado su perspicacia estratégica.

Y al poco rato partieron en distintas direcciones. Acompañaron al señor marqués los dos reverendos, y recibidos por la interesante familia de este, Salmón exclamó:

—¡Gran bomba, señoras! El *lord* se ha movido.

—¡Y mañana salen de aquí todos los franceses!

—¡Benditos sean los designios de la divina Providencia! —dijo la hermana del marqués.

—¡Wellington se ha movido! —repitió el mercenario, mirando a diestro y siniestro por ver si se vislumbraban en el horizonte lejanos signos de soconusco—, y juntamente con Mina y Morillo viene sobre Madrid.

—¡Jesús! ¡Sobre Madrid!

—Así lo han dicho. Parece que da la vuelta^{p. 28} por el Duero, que está, como usted sabe, en Tordesillas. Y como Castaños pasa de Extremadura a Asturias, con el séptimo cuerpo, digo, con el octavo o con el duodécimo... en junto unos cuatrocientos mil hombres.

Poco después la hija del marqués de Porreño iba a casa de Sanahuja, donde ya sabían la noticia gracias a don Lino Paniagua, y decía:

—Lo menos setecientos mil hombres dicen que trae *Vellinton*.

Conviene advertir que casi todos los españoles pronunciaban el nombre del general inglés como acabamos de escribirlo. Algunos lo modificaban diciendo *Velliztón*, acentuando la última sílaba, lo mismo que decían *Stapletón Cotón*; pero esto no hace al caso, y siga nuestro cuento. El conde de Rumblar, que a la sazón hallábase en casa de Sanahuja, partió como un rayo, y en la Puerta del Sol topó con Marchena, a quien dijo que José iba sobre Fregeneda, y que el duque de Ciudad Rodrigo estaba en Valladolid... Poco después don Narciso Pluma, que esto oyera y otras muchas estupendas cosas que había oído poco antes, lo revolvió todo, haciendo la más chistosa ensalada que puede imaginarse, y entró en casa de Porreño, donde sostuvo que se estaba dando una batalla junto al Duero entre don Pablo Morillo con doce mil hombres y el rey José con setecientos mil...

Repitémoslo, sí. ¡Entonces no había periódicos!

Cuando se disolvió el grupo, los dos jóvenes siguieron su camino.

—Vamos a casa de mi tío —dijo Monsalud—, a ver qué piensa de estas cosas. Ya anochece; apretemos el paso... ¿No te parece que los habitantes de la Villa están un poco alborotados?

—¡Salen los franceses!... ¡Un cambio de Gobierno! —murmuró Bragas intranquilo—. Ahora todos los que han sido empleados durante el Gobierno intruso...

—A la calle, amigo. ¡Pues no es poca afrenta la que tienen encima, haber servido al intruso!... ¡Oh vilipendio!

—Pero yo soy español, muy español. Detesto a los franceses.

—Ahora que se van es muy cómodo decir eso. Yo, señor don Juan, les tengo rencor. Con ellos he servido, con ellos voy.

—Entonces dirás: «¡Viva Napoleón!»

—No diré ni que viva ni que muera, porque yo no he de matar ni resucitar a nadie. Me alegraré de que sea rey de España Fernando VII... Ya sabes por qué he servido a José: me moría de hambre y acepté sus banderas. Tal vez hice mal; pero las juré, y tras ellas voy a donde me lleven. Eso de gritar hoy *Bonaparte*^{p. 30} y mañana *Fernando*, como hacen muchos, no entra en mi sistema. Sirvo a José sin entusiasmo, pero con lealtad.

—¡José, José —exclamó Bragas alzando la voz—, es un borracho! No se tiene lealtad con los borrachos.

—A ti y a mí nos ha dado de comer. Los dos nos encontrábamos en Madrid bastante perdidos y derrotados. Mi tío me colocó en el regimiento de Jurados, lo cual fue muy fácil, porque nadie quería entrar en él. Tu colocación parecía más difícil; pero tanto lloraste y gimoteaste ante el conde de Cabarrús, que el buen señor, considerando que eres hijo de su criado, diote a roer ese hueso de la covachuela. Para conseguirlo, te fingiste entusiasmado con el fraternal gobierno de Bonaparte, ¡y qué memoriales le echabas!... ¡cuántas resmas embadurnaste con lamentos y suspiros!... Para que todo no fuera música y palabritas vanas, te aplicaste al oficio de dar vítores y palmadas en la calle siempre que el rey pasaba, y gritar: «¡Mueran los *madripáparos*!»

—¡Mentira, mentira! —chilló Juan Bragas, cuyo rubor no podía distinguirse a causa de la oscuridad de la noche—. ¿De dónde has sacado tales invenciones?

—Verdad, verdad pura, digo yo —continuó Monsalud—, como también lo es que te daban obra de tres reales por función, quiero decir, por cada carrera detrás del coche de Pepe Botellas, gritando y vitoreándole. Ello es que si te desgañitaste, ganando aquella ronquera que te puso en peligro de callar para siempre en lap. 31 sepultura, en cambio recibiste el destino que tienes, el cual verdaderamente no es mucho premio para tanto batir palmas y asordar a la gente con los vivos.

—Salvador, Salvador, mira que me incomodo —dijo Bragas con voz balbuciente, señal de que le ponía colérico el verídico retrato que su amigo diestramente trazaba—. Cualquiera que te oiga, ¿qué pensará de mí?

—Ahora quieres pasar por hombre formal. Vas muy serio y finchado por la calle; entras en la covachuela dando taconazos, y cualquiera supondría que dentro de ese casacón que compraste en el Rastro, va un consejero de Indias.

—Si no va todavía, irá con el tiempo, señor mío.

—Y como parece que el rey José y los franceses y los jurados se marchan para siempre, quieres hacer olvidar que te colocó el conde de Cabarrús... Ahora es preciso *empecinarse*, señor Juan Bragas, como se *empecinó* su merced cuando evacuaron la Villa los franceses y la ocuparon los aliados, después de la batalla de los Arapiles.

—Amigo Monsalud —gruñó el otro—, yo soy dueño de hacer mi santa voluntad ahora y siempre. Sé dónde me aprieta el zapato, y cada uno tiene su alma en su almario. Tú mismo, que ahora te la echas de hombre recto y puntilloso, estás esperando a que los franceses salgan de aquí para desertar de sus filas y pasarte a los españoles, lo cual es muy meritorio y por extremo patriótico; que no hay gloriap. 32 más envidiable que servir a la patria, ni deshonor que se compare a la de ayudar al enemigo contra nuestros hermanos. Y ahora que los franceses van de capa caída y parece que huyen vencidos, el heroísmo consiste en volverles la espalda.

—Eso no lo haré yo —dijo con energía Monsalud—, que cuando entró a servirles lo hice por mi voluntad.

—Pues no te podrás quitar de encima la nota de traidor —indicó Bragas, malicioso—, que traidores son los que sirven al enemigo de la patria. ¿No te da vergüenza de vestir ese uniforme?

Cuando esto decían, habían entrado en la calle de Toledo y tomaban por la derecha la embocadura de la Cava Baja, donde tenía su residencia el señor Monsalud *senior*, tío de nuestro héroe. Por las noches Salvador solía hacer parada en casa de su tío, antes de encerrarse en el cuartel, y acompañábale generalmente Bragas, atraído por el olorcillo de una regular cena que allí se aderezaba y el reclamo de una animada tertulia.

—Veremos qué piensa mi tío de estas cosas —dijo Monsalud—. Es un afrancesado rabioso, y desde que el conde de España le mandó dar de palos en Salamanca, no cesa de decir que ahorcaría a todos los *empecinados* si en su mano estuviere.

No había concluido Monsalud de decir lo que antecede, atravesando la plazoleta que llaman Puerta Cerrada, aunque no hay allí puerta alguna abierta ni entornada, como no ^{p. 33} sea las de las casas, cuando muchas de las gentes reunidas junto a las tiendas, y el gran número de majos, chulillos y mozalbetes desvergonzados que por allí discurrían, fijaron su atención en los dos jóvenes, y principalmente en el sargento de la guardia, cuyo uniforme a cien leguas le denunciara como servidor del rey entrometido.

—Parece que nos miran —dijo Monsalud— y nos señalan. ¿Llevamos algo de particular?

—Es que la gente está alborotada... —balbució Bragas, temblando de miedo—. Llevas uniforme de la guardia jurada... Ese traje es muy aborrecido en Madrid, y con razón, con muchísima razón... No creas que te van a defender tus amigos. Ocupados de su viaje, no se cuidan de niñerías, y lo mismo les importará que te insulten o que no. Los franceses desprecian a los traidores que les sirven, como les despreciamos los españoles.

Iba a contestar Monsalud, cuando de un grupo de holgazanes que sostenía la esquina de la Cava Baja, salieron voces de «¡A ese, a ese!», y luego un murmullo de risas insolentes. Monsalud se paró en medio de la calle, y volviéndose a los del grupo les miró cara a cara, esperando que alguno pasase de las palabras a las obras. En el mismo instante, varias pelotas de lodo, arrojadas por los chiquillos, se aplastaron en su pecho, salpicándole la cara.

El populacho es algunas veces sublime, no puede negarse. Tiene horas de heroísmo, por extraordinaria y súbita inspiración que de lo alto recibe; pero fuera de estas ocasiones, muy ^{p. 34} raras en la historia, el populacho

es bajo, soez, envidioso, cruel y, sobre todo, cobarde. Todos los vencidos sufren más o menos la cólera de esta deidad harapienta que por lo común no sale de sus madrigueras sino cuando el tirano ha caído. Si no le supo exterminar con su iniciativa y su fuerza, casi siempre se da el gustazo de rociarle con su fango; y a todas las instituciones o personas que caen por el esfuerzo de campeones de otra esfera más alta, el populacho les pone su ignominioso sello de inmundicia. La libertad y las *caenas*, a quienes alternativamente aduló, han visto sobre sí en el momento terrible a la furia inmunda que les escupía. Como la hiena, es intrépida con los muertos.

Casi desguarnecida Madrid de tropas francesas, pues muchas habían ido saliendo desde mediados de mayo; dispuesto todo para marchar las últimas en la madrugada del siguiente día 27, el enemigo, puesto un pie en el estribo, no se cuidaba ya de hacer cumplir las reglas de policía. El estado de la guerra y la comprometida situación de José junto al Ebro, confirmaban a aquel en su idea de que la ocupación de España iba a tener fin; mas si estaban indiferentes y aun alegres los franceses, los españoles comprometidos con ellos no cabían en su pellejo de puro azorados y medrosos. A muchos de estos insultó la plebe en diversos puntos, y aterrados algunos al ver el desamparo en que quedaban, desertaron para acogerse de nuevo a las banderas de la patria.

Se comprenderá, pues, que la situación de ^{p. 35} Monsalud, frente a los respetables varones del populacho matritense, no era muy lisonjera. Ciego de enojo, con el rostro encendido y la voz balbuciente, echó mano a la empuñadura del sable gritando:

—Al que se me acerque, le atravieso.

Y capaz era de hacerlo como lo decía, lo cual fue sin duda conocido por el egregio concurso de la esquina, no habiendo entre todos ellos uno solo que se destacase del grupo para hacer frente al irritado mancebo. Viendo este que, con ser tantos, no pasaban a vías de hecho, siguió su camino; pero los disparos de lodo se repitieron de tal modo por la cohorte infantil, que Monsalud, sin hacer uso del arma, corrió tras uno de aquellos angelitos de arroyo para castigar su desvergüenza. Antes que atraparle consiguiera, lo que no osaron tantos hombres atreviase a hacerlo una mujer, la cual, cuadrándose marcialmente ante Salvador y desafiándolo del modo más varonil con ojos, gesto, manos y la cortante y ponzoñosa lengua, le dijo:

—¡Eh!, so estandarte, si toca usted al muchacho no tendrá tiempo de encomendarse a Dios. Si el angelito le roció, es porque puede hacerlo, y para eso y mucho más le he parido... Conque siga adelante; punto en boca y manos quietas.

Dada la señal por la matrona, acercáronse valerosos algunos de los chulos y tomadores que antes dispararan sobre el soldado burlas y palabrotas; enracimáronse los chiquillos y mujeres en derredor suyo, y una tempestad dep. 36 insultos tronó en sus oídos. Aturdido al principio el mozo, defendiose con empujones y golpes muy bien dirigidos.

—¡Matarle! —gritó una arpía, al sentirse abofeteada por la mano vigorosa de la víctima.

—Y también a su compañero el del casacón.

—A mí, señores: ¿pues qué he hecho yo? —dijo Bragas, procurando echarse fuera del volcán—. Yo no conozco a ese hombre.

—¡Mueran los jurados!

—¿Acaso visto yo ese vergonzoso uniforme? —repitió casi llorando Braguitas—. Soy un joven honrado, español puro y neto, y jamás he servido a la basura.

Monsalud, a quien no hostigaba ningún hombre de buenos puños, sino tan solo mujerzuelas, chicos y algún cobarde zarramplín de esos que van a todas las pendencies a meter ruido, pudo echar mano al sable y apartar un poco de su persona al indigno enjambre. Repartió de plano con seguro puño algunos golpes, y sin ser papa creó gran número de cardenales en menos que canta un gallo. Algunas personas graves y varios majos decentes intervinieron en el asunto, aplacando la furia de todos, y propusieron que se dejase en libertad al guardia, con tal que allí mismo se quitase el uniforme. Enfurecido y fuera de sí Monsalud, iba a arremeter contra los amigables componedores, cuando apareció su tío don Andrés saliendo de la casa cercana, que era donde vivía, y con razones y tal cual empujón, él y otros que le acompañaban, cortaron la pendencia, obligando p. 37 al joven a meterse en el portal, que cerraron al instante.

Puesto en salvo su sobrino, a quien acabaron de aplacar las personas de ambos sexos que había en la casa, el señor Monsalud creyó oportuno dirigir la palabra a los del pueblo, un tanto mohíno por no haber podido vengar en el renegado las contusiones recibidas.

—No hagan ustedes caso, señores —les dijo con voz oratoria, que en su vana sonoridad gustaba de oírse a sí misma—. Ese joven es mi sobrino, un mala cabeza, un insensato que se afilió en el cuerpo de guardias jurados, sin saber lo que se hacía. Pero en el fondo de su alma, señores, mi sobrino es español por los cuatro costados, y aborrece a los pérfidos enemigos de la patria. Comprendo, señores, que el pueblo se ensañe contra los afrancesados: esos viles merecen pronto y ejemplar castigo. (*Señales de aprobación.*) Pero respetemos la desgracia, señores y señoras; que demasiado castigo tienen esos viles en su propio remordimiento y vergüenza. Esta noche es noche de gran regocijo para los buenos españoles, porque mañana se marchan los pocos borrachos que quedan en Madrid. España es libre, señoras, caballeros y niños. ¡Viva España! (*Ruidosos aplausos, y tal cual rebuzno y no pocas patadas, berridos y coces.*) Yo respondo de que mi sobrino dejará las traidoras banderas en que ha servido; él es buen patriota, tan buen patriota como yo, que estoy dispuesto a derramar la última gota de mi sangre, sí, la última y postrera gota en defensa del rey y de la Constitución.^{p. 38} ¡Viva la Constitución! (*Ibidem.*) Y si alguna vez he vivido entre franceses, no lo hice por amistad hacia ellos, como dicen mis enemigos, sino que les seguí y me metí industriosamente entre sus filas para averiguar sus planes y espiar sus acciones e informar de todo a nuestros queridos, a nuestros queridísimos generales... ¡Ah! ¿Queréis más pruebas? Pues allá van las pruebas. Os ruego que contestéis a mis preguntas. ¿Quién soy yo, señores? Yo soy un mártir del patriotismo. Consagré mi vida al servicio de la patria, y hallándome cerca de Salamanca, en un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme, los franceses me apalearon.^[1] ¿Y por qué, señores? Porque con mi espionaje puse todos sus secretos estratégicos al servicio de Lord Wellington. Pues qué, ¿creéis que sin mí se hubiera ganado la batalla de los Arapiles? (*Estupor.*) Aún tengo sobre mi cuerpo cien cardenales que con su noble púrpura manifiestan mi heroísmo. Luego vine a Madrid a gozar del espectáculo de este gran pueblo, ebrio de gozo por su libertad, y en agosto del año pasado juramos la Constitución en presencia del general inglés. ¡Oh día solemne! ¡Oh época feliz! Si se empañó tan diáfana claridad con el regreso de los franceses, mañana se desgarrará el velo tenebroso de la invasión; mañana se marchan otra vez para siempre, señores, con su séquito inmundo de traidores y jurados y afrancesados.

Ved cómo tiemblan, cómo se esconden de vuestras patrióticas miradas;p. 39 cómo su vergüenza les hace bajar la cabeza ante la majestad de nuestro puro españolismo sin mancha. Enorgullecámonos, señores, de no haber servido jamás a los franceses, de no habernos contaminado jamás con viles masones y filosofastros, y *digamos con el ángel: Ave María...* Cada cual a su casa, que es hora de acostarse. ¡Viva la Constitución y el Lord y Fernando VII! (*Tumulto y extraordinaria sensación, acompañada de sonoros bramidos y vocablos, que no lleva en sus blancas páginas el Diccionario por miedo a ruborizarse.*)

[1] Véase *La batalla de los Arapiles* (1.ª serie).

V

Salvador subió tristemente la escalera de la casa, acompañado de varias personas que, atraídas del ruido y del temor, bajaron, y en la meseta donde se abría la puerta del domicilio de su señor tío, recibíole, candil en mano, la esposa de este, que le dijo así:

—No podía ser otra cosa que una barrabasada del sobrino de mi marido. ¡Todo sea por Dios! Este chico tiene la cabeza a las once y está podrido de ella. ¿Te han herido?

—El pueblo de Madrid aborrece este uniforme —gritó Bragas que detrás a poca distancia subía—, y no le falta razón.

—Solo a este loco se le ocurre sacar el sable porque le echaron un poco de fango —dijo lap. 40 señora de Monsalud alumbrando para que pasasen todos a la sala.

Componían aquella noche la tertulia doña Ambrosia de los Linos y sus dos hijas, una de las cuales, casada poco antes, vivía en el piso tercero del mismo edificio. Ambas eran bastante lindas, principalmente la soltera, que cautivaba por su frescura, por sus vivarachos ojos, por sus rosados carrillos, marcados aquí y allí con vagabundos lunares, por su gracia en el mirar y la flexible ligereza de su cuerpo, tanto más admirable cuanto que la muchacha era algo medianamente gordita, prometiendo en diversos parajes de su persona que igualaría con los años a su enorme mamá. También estaba allí don Mauro Requejo, que solía ir todas las

noches, por ser pariente de la señora de Monsalud, y no tardó en presentarse don Gil Carrascosa.

La señora de Monsalud era una mujer de presencia no vulgar ni desagradable, pero muy gastada y decaída por causas que ignoramos. Durante un matrimonio estéril, que ya contaba trece años, marido y mujer no habían ofrecido al mundo un modelo perfecto de concordia. Repetidas veces se separaron para volver a juntarse; repetidas veces crujieron los palos de las inválidas sillas, y volaron por el aire los platos desportillados, instrumentos unas y otros de la ciega cólera homicida de ambos consortes. Andrés Monsalud era hombre de mala conducta, fatuo, desarreglado, trapisondista, embrollón, aventurero; Serafinita pecaba de caprichosa, holgazana, embustera, y tenía más^{p. 41} vanidad que una princesa, gustando mucho de emperifollarse y, sobre todo, de aparentar posición y suponer posibles muy superiores a lo que en realidad tenían ella y su marido, pues reunida la fortuna inmueble de entrambos, allá se iba con la nada.

Por último, después de la tragedia de Babilafuente, Serafinita logró atraer a su marido y poner casa en Madrid, y de la noche a la mañana, por mediación generosa de un caballero francés, dieron a Andrés un regular destino en la Visita de Propios, con lo cual uno y otro estaban tan huecos que, de allí a tratar a Dios de *tú*, apenas había el canto de una peseta. Su morada, no obstante, era humildísima, porque el sueldo no rayaba ciertamente en Potosí; mas Serafinita se esmeraba en aumentar con mil artificiosas combinaciones el lustre y aparato de su casa.

—Puedes respirar tranquilo, sobrino —dijo la señora con bondad—. Descansa y se te dará un vaso de agua para matar el susto.

—No quiero agua —repuso bruscamente el joven, paseándose de largo a largo por la sala—. Tengo que marcharme.

—¡Marcharse! —exclamaron a dúo y con desconsuelo las dos niñas de doña Ambrosia.

—Este joven gusta de pependencias y de derramar sangre —añadió esta—. ¡Cómo se conoce que los franceses le crían a sus pechos!

—Pero al menos —dijo Serafinita—, ¿te quitarás el uniforme?

—Sí, hablad de eso a este babeiaca —indicó Juan Bragas, que había ido a fondear junto ^{ap. 42} la más pequeña de las fragatitas de doña Ambrosia—. Es muy gabacho este caballero. Los pocos españoles extraviados que sirven en las banderas de José, están a estas horas con

los ojos y el corazón vueltos hacia la madre patria afligida; pero este mi don Quijote botellesco dice que su honor le obliga a no abandonar a la canalla.

—Hace cosa de seis meses —afirmó Serafinita—, habría sido gran locura mostrar siquiera un adarme de españolismo; pero hoy es distinto. Los franceses van de capa caída y buen tonto será quien se embarque con ellos.

—¡Oh, si, será un idiota! —dijo doña Ambrosia—, aunque lo mejor habría sido no servirles nunca.

—Las circunstancias —añadió Serafinita—, obligan a los hombres a sofocar algunas veces su natural impulso y fogosidad patriótica. Ahí está mi marido, que no le hay más español en toda la tierra del garbanzo, y, sin embargo, viose arrastrado a cierto compadrazgo con los franceses, y aun anduvo, con masones y revoltosos, malquisto de todo el mundo. Pero de algo valen los consejos de una mujer prudente. Yo le traje al buen camino, y como mi familia, que no es ninguna familia de tres por un cuarto, ha tenido siempre relaciones con altos personajes, fácil me fue amarrar a mi esposo al pesebre de la Visita de Propios. Dióle la plaza un ministro francés; ¿pero tenemos la culpa de que haya sido francés quien primero echó de ver nuestros méritos, o si se quiere, los de mi p.
43 marido, para todo lo que sea cosa de aritmética en cualquiera oficina?

—Si recibimos un pequeño favor de esa canalla —gritó con vehemencia Bragas—, diéronnos lo nuestro, y nada tenemos que agradecerles. Españoles somos, y ahora váyanse con dos mil demonios.

—Lo que hay en esto —dijo don Mauro Requejo, que sombríamente había permanecido en un rincón de la sala, sin hablar hasta entonces—, es que para dar sus destinos a los señores Monsalud y Bragas, fue preciso quitárselos a otros, que, pecando de *empecinados*, mortificaban con cuchufletas y versitos a los franceses.

—¡Nadie hay más *empecinado* que yo! —exclamó con furioso arranque de entusiasmo Juan Bragas, saltando en medio de la sala, con gran regocijo de las niñas de doña Ambrosia—. ¡Viva don Juan Martín Díez!

—¡Viva, viva mil años! —repitió Andrés Monsalud, presentándose en la sala, con semblante reposado y satisfecho, sin duda por la vanagloria que el reciente discurso callejero había dejado en su ánimo—. ¡De buena has escapado, sobrinillo! ¡Exponerse a las iras del pueblo español!...

Vamos, te perdono; yo también he sido calavera, yo también he sido revoltoso y provocativo y...

—Afrancesado —indicó con malicia doña Ambrosia—. No hay que echársela de apóstol Santiago.

—Un poquillo —repuso Monsalud con turbación—. Pero de arrepentidos se hacen los santos.^{p. 44} La prueba de mi sinceridad la tengo hoy en la confianza de mis amigos. Hanme comisionado esta tarde para preparar los festejos...

—¿Para cuando entre don Carlos España? —preguntó la de los Linos.

—Para cuando entre don Juan Martín o Lord Wellington... Un arco de triunfo, ¿qué les parece a ustedes? En mi oficina hemos resuelto componer unos versos, y ver si se hace un carrito.

—Ya nos cayó quehacer, amigas mías —dijo con júbilo Serafinita—. Desde mañana pondremos manos a la obra, porque las guirnaldas de rabo de cometa no son cosa que se despache en tres días.

—Y luego mucho de banderitas y escarapelas —dijo una de las muchachas.

—Y será preciso que doce o catorce doncellas tiernas se vistan de ninfas para ir delante del carro cantando el *Velintón*.

—Y como haya alegoría, vestiremos a mi sobrino de dios Marte —indicó Monsalud.

El joven soldado dirigió a su tío una mirada de desprecio.

—Estará saladísimo —dijo doña Ambrosia—. Mi esposo y padre de estas dos niñas hizo de Marte cuando la jura del otro rey, y era una gloria el verle con todo su hermoso cuerpo medio desnudo y el chafarote en la mano... ¡Oh! ustedes no alcanzaron a ver tanta preciosidad.

Don Gil Carrascosa, entrando apresurado en la estancia, saludó a todos con amable cortesanía, especialmente a las niñas.

—¡Pues qué! —dijo—, ¿todavía está nuestro^{p. 45} mozalbete metido dentro de la indigna librea francesa? A estas horas casi todos los españoles que servían a José han desertado. Acabo de ver a dos que se escondieron esta mañana.

—¡Han desertado! —repitió el coro de mujeres.

—Fuera esa casaca, sobrino —gritó Monsalud dirigiendo al hijo de su hermana imperiosa mirada—. ¡Ay!, acuérdate de tu madre, a quien no nos atrevimos a dar parte de tu afrancesamiento... Si lo llega a saber, se morirá de pena.

—Te esconderemos aquí —dijo Serafinita—, aunque no habrá peligro, pues ellos tienen bastante quehacer para ocuparse de ti.

—En esta casa, no —afirmó con aplomo el tío—. Los vándalos conocen el rabioso españolismo mío, y de seguro vendrían a buscarle, acusándome de haberle impulsado a la desertión.

—Pues se puede esconder en mi casa —dijo la mayor de las Linas, que era la casada y tenía su nido en el tercer piso.

—Eso es, que se esconda arriba —repitió con extraordinaria vehemencia la soltera, contemplando al joven Monsalud de tal modo que parecía envolverle con su mirada como en amorosa y blanda nube protectora.

—Sí, en el tercero.

—Yo le cederé mi cuarto y mi cama, y dormiré con mi hermana —añadió la doncella en un segundo arranque de generosidad.

—Francamente, Dominguita, tu esposo está fuera y no me gusta ver a dos muchachas solasp. 46 en la casa con el dios Marte —objetó doña Ambrosia.

—Pues al sotabanco. Hablaremos al señor Pujitos para que le ceda un rincón.

—Conque, sobrino, vete despojando de tu uniforme.

El soldado, a quien tal proposición ofendía en lo más delicado de su alma, y que estaba a la sazón irritado por la escena de la calle y, además, por el impertinente charlar de su tía, contestó con ardor:

—Antes me quitaré el pellejo que el uniforme. Me lo puse por mi voluntad, lo tendré mientras exista el ejército a que pertenezco y la bandera que juramos.

—¿Eres francés?

—No sé lo que soy —repuso con desdén.

—¿Harás armas contra tus paisanos?

—No; pero tampoco abandonaré cobardemente a los que me han dado de comer.

Monsalud tío rompió en estrepitosas risas, acompañado por Bragas, Requejo y Carrascosa.

—Pero, sobrino de todos los demonios, ¿no tienes en mí la norma de tu conducta?

—Si yo le imitara a usted en esto —dijo el joven temblando de indignación—, no tendría idea del honor, ni una chispa de vergüenza en

mi alma, ni en mi corazón el sentimiento del deber, ni sería digno de que me mirasen los hombres. Adiós. Me voy para siempre de esta casa y de Madrid.

El soldado salió resueltamente. Un poco atontado el tío, bastante aturdida su esposa,^{p. 47} no pronunciaron una sola palabra para detenerle.

—Ese muchacho es un insolente —dijo al fin la señora de la casa.

—¡Pobrecito! —murmuró el oficial de la Visita de Propios.

—¡Él se lo pierde! —indicó majestuosamente Serafinita—. Ahora que mandan los españoles he de conseguir para ti una buena vara, Andresito. Serás corregidor de Alcalá, de Ocaña o de Tarancón. Yo había calculado que Salvadorcillo nos acompañaría con un buen momio.

—No se puede sacar partido de ese muchacho.

La niña soltera de doña Ambrosia había llevado el pañuelo a sus picarescos ojos, de súbito humedecidos por ignorada causa.

—¡Pobrecito! —exclamó con zozobra—. Se ha marchado solo. Está expuesto a que le insulten otra vez en la calle. Le darán golpes, le arrojarán lodo, manchándole la frente, el cabello, la boca, los ojos, ¡ay!, los ojos, el uniforme...

—Esto parte el corazón. ¡Pobre muchacho! —exclamó la casada—. Alguien debía salir con él.

—¡Qué falta de caridad dejarle salir solito! ¡Si yo fuera hombre...!

—La verdad es que puede sucederle alguna cosa mala —dijo Serafinita dando un suspiro.

—Usted que es su amigo —exclamó con ira la doncella volviéndose a Juan Bragas que a ^{sup. 48} lado estaba—, ¿por qué no salió con él para ampararle en caso de un atropello?

—¿Amigo? —dijo con desdén el covachuelo—. No tanto. Conocido y nada más... Nos hablamos alguna vez, paseamos juntos; pero...

—Es usted un mal amigo —gritó la muchacha con voz temblorosa—. ¡Dejarle partir sin compañía!... Esto se llama deslealtad, cobardía.

Juan Bragas se echó a reír.

—Pero...

—Haga usted el favor de no volver a dirigirme la palabra en toda la noche, ni volver a mirarme en su vida, ni estar donde yo esté, ni respirar donde yo respiro, ni ponerse donde yo le vea, ni...

La tertulia fue triste, tristísima. Los hombres, viendo que no podían alegrar el ánimo de las dos muchachas, ni el de la señora de la casa, ni

sacarles palabras que no fuesen lúgubres como un funeral, pegaron la hebra con doña Ambrosia, y dándole a la lengua por espacio de dos horas, sin descanso, azotaron a medio mundo con la piel arrancada al otro medio.

VI

En la mañana del día que siguió a estos sucesos salieron los pocos franceses que quedaban en Madrid. Los mandaba el general Hugo, y llevaban consigo convoy tan inmenso,^{p. 49} que al verlo creeríase que en la capital de España no quedaba un alfiler. Desde muchos días antes habían sido embargados cuantos coches, carros y calesas rodaban por las calles de la villa, y casi toda la servidumbre se ocupaba en el embalaje de las diversas riquezas que José y los suyos se habían apropiado. Estos señores hacían buena presa donde quiera que ponían la mano, y no eran nada melindrosos ni encogidos para esto del incautarse. Murat despojó la casa de Godoy y el Real Palacio, y José mandó traer de Toledo, de Valladolid y del Escorial cuanto pudiese ser transportado: esta última circunstancia salvó las piedras del edificio.

Luego que estuvo reunida cantidad de cuadros, estatuas, joyas de camarín y sacristía, dejando a las Vírgenes y Santas sin un anillo que ponerse, establecieron cuatro depósitos en Madrid, los cuales fueron el Rosario, San Felipe, doña María de Aragón y San Francisco. Una comisión separó lo sublime de lo bueno, y no siendo fácil llevarlo todo, dispusieron atropelladamente lo primero en cajas, mezclando lo sagrado con lo profano, es decir, las bellas artes con los enseres de la casa y cocina del rey José, y diversos adminículos que este para diferentes fines usaba. Muebles, porcelanas, vajillas, armas, añadiéronse al botín. Considerando que aun después de tanto despojo quedaba en España alguna cosa de punto inútil, según ellos, dada la ignorancia castellana, echaron mano a las colecciones mineralógicas del gabinete de Historia Natural y^{p. 50} embaularon también los depósitos de Ingenieros y de

Artillería y el Hidrográfico. De Simancas cargaron con lo más curioso que allí había. Aquella gente, hasta la historia nos quiso quitar.

Una caja en que holgaba un poco el tocador de José (así lo cuenta un testigo ocular) fue rellena con los pedruscos y los minerales de la Historia Natural. Entre una masa enorme de cartas geográficas, iba *Nuestra Señora del Pez*, y la *Perla* anidó con una montura fina recamada de plata y oro. Se gastó un monte de clavos, y por algunos días las iglesias que servían de depósitos y las galerías del Palacio Real resonaban cual si en ellas trabajase un regimiento de cíclopes. La tabla del *Pasmo*, que ya se hallaba en estado pésimo, acabose de rajar, y la pintura, con las sacudidas y golpes, se cuarteaba que era una bendición. ¡Oh divino Jesús! ¡No padeciste más en el Gólgota!

Completaban el convoy las cajas de guerra llenas de dinero en buen oro y buena plata antigua, de aquello que ya no se ve, y seducía entonces con su brillo los ojos de los extranjeros, y con su noble son los oídos de todos. No se habían descuidado los franceses en reunir dinero, como gente allegadora y económica, ni menos en llevárselo; que si para limpiar de vicios a la capital hubieran usado de tanta diligencia como para limpiarla de onzas, fuera esta Villa un paraíso en la tierra. Con el ejército iban los muchos particulares comprometidos que quisieron seguirles, y entre los carros de oficio, gran número de vehículos con equipajes^{p. 51} de empleados altos y bajos. Ofrecían estos desgraciados individuos espectáculo lastimoso. Si algunos llevaban consigo buen acopio de víveres y ropa, otros no cargaban más que lo puesto, y todos lloraban el hogar abandonado, la paz perdida, el honor en duda, lamentándose del gran compromiso en que se veían. Algunos hacían de tripas corazón, prometiéndoselas muy felices en las próximas batallas; pero los más miraban sin engañarse la realidad del molesto viaje, y después la emigración, el general desprecio y la pérdida de la hacienda.

Desfilaron los carros por el camino de Segovia, pues Hugo quería pasar la sierra por Guadarrama, y aquella culebra rastrera formada por interminable fila de vehículos, que de lejos parecían vértebras articuladas, desapareció en la noche del 27 de mayo, dejando a Madrid en poder de los guerrilleros, que al instante lo ocuparon, y tras ellos las autoridades españolas. De esta manera y con este despojo la capital de España dejó para siempre de ser francesa.

No seguiremos al general Hugo y su convoy en todo su viaje hasta que en los campos de Vitoria perdieron los franceses gran parte de lo mucho que habían cogido. Bastantes apurillos pasó en Cuéllar y en Tudela de Duero; pero al fin logró unirse al grueso del ejército francés en Valladolid.

Reunidos todos, la continua amenaza de las divisiones aliadas les hizo muy penoso el camino desde Valladolid a Burgos. Aquí no pudieron^{p. 52} resistir mucho tiempo, y sin gran prisa se dirigieron a Vitoria por Miranda, confiados en que Wellington no les molestaría del lado allá del Ebro; pero tan admirable combinación de movimientos había hecho el inglés, que cuando los franceses pasaron el gran río, lo pasaban también los aliados por diferentes puntos, y ambos enemigos se encontraban frente a frente en las montañas de Álava y Vizcaya. Apretó Bonaparte el paso, juntando a los suyos para que desperdigados aquí y allí no fueran batidos al por menor, y el 19 de junio llegó a la Puebla de Arganzón, donde es fuerza que quitemos la vista del rey y de su ejército para fijarla en una sola persona, que por ahora y mientras vengan sucesos estupendos en la esfera histórica, ha de llevar en estas líneas la preferencia.

¿Y por qué no? ¿Por qué hemos de ver la Historia en los bárbaros fusilazos de algunos millares de hombres que se mueven como máquinas a impulsos de una ambición superior, y no hemos de verla en las ideas y en los sentimientos de ese joven oscuro? ¡Si en la Historia no hubiera más que batallas; si sus únicos actores fueran las personas célebres, cuán pequeña sería! Está en el vivir lento y casi siempre doloroso de la sociedad, en lo que hacen todos y en lo que hace cada uno. En ella nada es indigno de la narración, así como en la naturaleza no es menos digno de estudio el olvidado insecto que la inconmensurable arquitectura de los mundos.

Los libros que forman la capa papirácea de^{p. 53} este siglo, como dijo un sabio, nos vuelven locos con su mucho hablar de los grandes hombres, de si hicieron esto o lo otro, o dijeron tal o cuál cosa. Sabemos por ellos las acciones culminantes, que siempre son batallas, carnicerías horrendas, o empalagosos cuentos de reyes y dinastías, que agitan al mundo con sus riñas o con sus casamientos; y entre tanto la vida interna permanece oscura, olvidada, sepultada. Reposa la sociedad en el inmenso osario sin letreros ni cruces ni signo alguno: de las personas no hay memoria, y solo tienen estatuas y cenotafios los vanos personajes... Pero

la posteridad quiere registrarlo todo: excava, revuelve, escudriña, interroga los olvidados huesos sin nombre; no se contenta con saber de memoria todas las picardías de los inmortales desde César hasta Napoleón; y deseando ahondar lo pasado, quiere hacer revivir ante sí a otros grandes actores del drama de la vida, a aquellos para quienes todas las lenguas tienen un vago nombre, y la nuestra llama *Fulano y Mengano*.

VII

Olvídense la importuna digresión, y sepan los que en ello tuvieron interés, que antes que el ejército de José pasase el Ebro, llegaron a la Puebla de Arganzón las tropas de una división que custodiaba parte del convoy. Fue esto, sip. 54 no mienten las noticias que con pretensiones de verídicas se me han dado, hacia el 16 o 18 de junio. El gran convoy venía detrás. Los carros del pequeño detuviéronse en el camino a las inmediaciones del pueblo, y las tropas repartiéronse por las casas y caseríos para allegar víveres. En las inmediaciones de la villa veíanse grandes masas de soldados: aquí artillería, allá columnas que iban de un lado para otro; en lo más apartado la impedimenta, y largas filas de vehículos que después de breve descanso debían seguir adelante.

La Puebla de Arganzón, como lugar campestre, había dejado las ociosas plumas, y aunque de por sí no fuese aquella villa madrugadora, habríala despertado el rumor de tanta tropa y de los tambores sin cesar batidos, confundiendo su ronco son con el cantar de los gallos que en todos los corrales entonaban su alegre grito de alerta. Veíase a los honrados habitantes salir de sus casas y juntarse en corrillos. Los ancianos preguntaban si se había ganado ya la batalla, y advertidos de que no, quejábanse de la mucha tardanza en arremeter, propia de los tiempos nuevos, asegurando que en otra ocasión ya estaría todo despachado y el asunto resuelto. Las mujeres corrían de casa en casa pidiéndose provisiones para esconderlas, pues los franceses que en

número tan considerable rodeaban el pueblo reclamarían pronto lo que no se habían llevado los guerrilleros el día anterior.

En las tabernas, los taberneros no tenían manos para tanto despacho, y muy alborozados^{p. 55} escanciaban a los franceses, pues en esto del vender y ganar dinero no hay naciones: ellos quisieran tener un océano de aguardiente y vino, que junto con algunas pipas de linfa del Zadorra les hubiera hecho millonarios en un par de años de guerra.

Un joven sargento avanzaba solo por las calles de la Puebla, evitando al parecer la compañía de sus camaradas franceses, y más aún la vista de los habitantes de la villa. Así es que cuando veía un grupo en la puerta de una casa, se apartaba tomando distinto camino.

—¿No es aquella la cara de Salvadorcillo Monsalud, el hijo de la señora Fermina la de Pipaón? —decía una mujer viéndole pasar.

—Parece que es aquella su cara; pero no su cuerpo, que es cuerpo y uniforme de francés el que ha pasado.

—Adelantadas estáis —decía un tercero—. ¿Pero no sabéis que Salvadorcillo Monsalud, engañifado por su tío, ha sentado plaza en la guardia del rey José?

—Cierto es, aunque no lo participó a su madre por vergüenza; y cuando la señora Fermina lo supo, estuvo llorando tres días, y aún no lo quería creer, siendo tal su pesadumbre por esta traición de Salvador, que la buena mujer dice que más quería verle muerto que sirviendo a los franceses.

—Y tiene razón. ¿Mas para qué dejó que el muchacho fuese a Madrid, donde todo es corruptela y picardía? —dijo un personaje a quien todos oían con respeto, y que era, si nuestras noticias no son falsas, el boticario del lugar—. ^{p. 56} Pero esto pasa a todos los muchachos que no tienen padre, o mejor, a aquellos que han nacido del pecado y de unión nefanda, como ese diablillo de Salvador Monsalud, que no se sabe de qué tronco vino ni de cuál cepa sacó doña Fermina este mal sarmiento.

El jurado se detuvo ante una casa de aspecto humilde, en cuya puerta no se veía persona alguna. Miró a las ventanas, y las vio cerradas. Un gallo cantaba dentro, y dos o tres gallinas salieron a la calle sacudiendo sus plumas y picoteando el suelo, no tardando en aparecer tras ellas el gallardo esposo. Poco después un gato asomó por la puerta entreabierta y se detuvo sobre el umbral, relamiéndose con placentera satisfacción los largos bigotes. El joven contempló un instante con interés profundo a

aquellos seres, y se acercó para entrar, desalojando al gato, que asustado corrió hacia dentro. Las gallinas y el gallo, sobresaltándose también y cambiando algunas cacareadas frases, huyeron por la calle adelante.

Monsalud se asomó por el hueco de la entornada puerta. La emoción de su alma era tan viva, que le temblaban las manos al ponerlas sobre las viejas tablas y los mohosos clavos; apenas podía sostenerse en pie, a causa del desmayo de su cuerpo y de la flojedad nerviosa que experimentaba. Miró hacia adentro: veíase un patio pequeño, y en el fondo una habitación oscura, dentro de la cual se distinguían los maderos de un telar. Monsalud contempló durante un rato aquel humilde interior, y copiosas lágrimas se agolparon a sus ojos.^{p. 57} De repente una mujer de edad madura apareció en la habitación del telar, volviendo los trastos de un lado para otro y barriendo después. Volvíase de vez en cuando hacia un sitio donde debía de estar otra persona con quien hablaba, a juzgar por sus gestos expresivos. Junto a la mujer apareció luego un perro, que saltando y enredando entre sus pies la estorbaba en su faena, recibiendo un ligero escobazo que lo decidió a salir al patio.

«No me espera —dijo para sí, oprimiéndose el corazón, que parecía querer saltársele del pecho—. ¡La pobrecita se sorprenderá y se alegrará tanto...! Este momento vale por todas las pesadumbres que ha padecido durante mi ausencia.»

La puerta rechinó, y el perro fue saltando y gruñendo amorosamente al encuentro de Salvador. Este se precipitó en el interior de la casa. Doña Fermina, mirando hacia el patio muy sobresaltada, vio al joven que hacia ella corría con los brazos abiertos, diciendo: «¡Madre, madre, aquí estoy!» La buena mujer abalanzose a recibirle con expresión de frenético contento; mas al tocarle con sus manos y al verle casi en sus brazos, su semblante se alteró de súbito, lanzó una exclamación de espanto, y cerrando los ojos y echando la cabeza atrás, cual si descargase sobre ella el rayo de instantánea muerte, cayó sin sentido al suelo. Sus labios contraídos apenas pronunciaron esta frase, empezada con ardiente cariño y concluida con terror:

—¡Hijo mío!... ¡francés!

VIII

El militar, aturdido por tan inesperado como funesto accidente, y no comprendiendo bien lo que había oído, creyó que la excesiva alegría la había desconcertado. Mas antes de acudir a los remedios que el paroxismo reclamaba, hincose en tierra, y besando y abrazando a su madre, la llamó con los nombres más tiernos y afectuosos, seguro de que su voz la despertaría. Salvador no había visto aún a otra mujer que en la estancia estaba: era una vieja flaca y amarillenta, de ojos ardientes y vivos como ascuas, descarnadas y picudas manos, una de las cuales oprimía el puño de un bastón negro, mientras la otra se alzaba acompasadamente a la altura de la cara, para servir de signo visible y movable a su extraño lenguaje. No la vio Monsalud hasta que se acercó a él, y poniéndole los cinco amarillos palitroques de su mano sobre la pechera del uniforme, le dijo con terrible ironía:

—Acábala de matar, verdugo; acaba de matar a tu santa y buena madre.

Salvador miró a la vieja, y aunque de antiguo la conocía, su triste aspecto y la áspera y desapacible voz produjéronle impresión muy extraña, especie de frío intenso y doloroso en el corazón, cual si con una aguja se lo atravesasen; erizamiento nervioso y acritud en^{p. 59} los dientes, como lo que se siente al contacto de las cosas acedas y frías.

—Por Dios, doña Perpetua, dígame usted: ¿qué tiene mi madre? —exclamó el joven—. ¿Está mala?

—¿Eres tú la causa, y lo preguntas? —añadió la vieja, poniendo su mano sobre la frente de la desmayada.

Luego, paseando sus dedos por la pechera del levitón de Salvador, y tentando la botonadura adornada con águilas, y metiéndolos después entre la lana del sombrero y deslizándolos por las carrilleras de cobre, dijo:

—¡Traes sobre ti esta infernal vestimenta francesa, y preguntas lo que tiene tu madre! ¡Pobre Ferminita! ¡Se resistía a creer tan grande infamia en el hijo que llevó en sus entrañas y crió a sus pechos! ¡Pedía a Dios fervorosamente que no fuese verdad lo que le habían dicho; su alma se consumía en hondas tristezas, y sin consuelo pasaba las noches llorando

tanta afrenta! La muerte del hijo que perece en los campos de batalla destroza el corazón, pero no afrenta; la traición del hijo desvergonzado que comete la infamia de pasarse al enemigo, es el más vivo de los dolores de una madre española.

—Usted está loca, madre Perpetua —dijo Monsalud rechazando a la vieja con desdén—. Mi madre es una mujer sencilla: ya comprendo que entre usted y el cura le han trastornado el juicio con eso de traiciones y afrentas. Honrado soy. Mi buena madre no me aborrecerá por el traje que llevo.

p. 60—¡Monstruo! —gritó la vieja agitando el palo—. Huye de aquí. Vete con esos herejes que te han catequizado; vete con Satanás, que es tu amo; vete al negro infierno, que es tu casa. Deja a esta santa mártir que ya te ha llorado como perdido para siempre. No eres su hijo: tú no puedes haber nacido en esta casa, ni en este honrado país... Vete, vete, hereje, judío; mas, ¿qué digo?, ¡francés!

El apostrofado miró a la vieja; mas sin acobardarse siguió esta vituperándole con la firmeza y el aplomo de quien tiene la seguridad de ser respetada. Vestía doña Perpetua el traje de las antiguas dueñas, con toca blanca rizada y limpia, manto y saya negros, pendiente de la cintura un luengo rosario, y del pecho cruz de madera sencilla. A pesar de los muchos años, su talle era derecho y apenas se encorbaba un poco al andar. Indudablemente había en el aquilino perfil de la vieja cierta energía majestuosa que hacía recordar, a quien las hubiese visto, las sibilas rigurosas y ceñudas creadas por la inspiración artística. Acartonada y seca, no tenía la repugnante escualidez con que nos pintan a las brujas. Expresábase con vigor y hasta con elocuencia, y su voz retumbaba en los oídos como una campana de mucho uso, mas no rota todavía.

Para que nuestros lectores no carezcan de todas las noticias necesarias respecto a tan singular tipo, les diremos que la madre doña Perpetua tenía cien años cabales, no hallándose ciertamente en proporción su acabamiento con su mucha edad, que a la vista no parecía^{p. 61} exceder de los setenta. Era una doncella secular nacida en la Puebla de Arganzón a poco de establecerse en España Felipe V, y que nunca había salido de aquel pueblo. Dedicose desde su juventud a obras piadosas, mas sin aficionarse al claustro; gustaba de la independencia y de andar de casa en casa comadreando, y trayendo y llevando noticias, dichos e ideas,

libando aquí y melificando allá cual las abejas. Así creció y fue echando días y años como el siglo, y pasaron ante ella tres generaciones de pueblos y tres generaciones de reyes y veinte guerras, y ella pasó de un siglo a otro como quien atraviesa una puerta para pasar de la sala a la alcoba.

Su vida austera, y los buenos consejos que daba para reconciliar matrimonios y dirimir contiendas, para transigir desavenencias y acomodar caracteres juntamente con su buena manderecha para establecer la concordia en todas partes, diéronle gran reputación en la villa. Respetábanla mucho, y cuando abría la boca, *conticuere omnes*. Como era tan larga su vida y tenía mucha experiencia de las cosas físicas y morales, tomábanla todos por consejera. Sabía curar males de varias clases, y conocía mil salutíferas yerbas y untos, además de toda la farmacopea casera, mezclando en hórrido caos la medicina y la religión, lo terapéutico y lo supersticioso. Enciclopedia del alma y del cuerpo, reunía el total saber y sentir de su país en aquella época.

Rezaba por todos los muertos y reía por todos los nacidos. No había bautizo, ni duelo,^{p. 62} ni boda a que no asistiese, disfrutando de lo mejor del festín, cuando lo había. Sabía contar especies diversas de cuentos interesantes, algunos heroicos, muchos de pícaros, tahúres y guapos, y los más de devoción o de brujerías, males de ojo, miedos y otras cosas divertidas que embobaban a los chicos y a las mujeres. Ningún asunto doméstico, social ni religioso tenía para ella secretos, y era la ciencia suma en teología de aldea, en economía al pormenor, en culinaria y en filosofía burda.

A los pocos minutos, comenzó doña Fermina a querer volver de su síncope. La vieja había traído agua en una escudilla y le rociaba el rostro diciendo:

—Ya vuelve en sí; aunque para ver lo que tiene delante, más valiera que sus ojos no se abrieran jamás a la luz. Vete, te digo: tu madre te llora muerto; no turbes la paz de su alma poniéndotele delante en esa forma aborrecible.

Monsalud, sin escuchar a doña Perpetua, alzaba a su madre del suelo y cuidadosamente la sentó en su sillón. Sosteniendo con sus manos la cabeza de la infeliz mujer, le decía:

—Madre, soy yo, soy Salvador, el mismo de siempre, el hijo querido. ¿Por qué se ha asustado usted al verme? El vestido no hace al hombre.

Doña Fermina, viendo el rostro de su hijo cerca de sí, le dio mil besos amorosos; mas después apartó la cara y extendió los brazos para rechazarle.

—¡Mi hijo... francés!... —repitió con el mismo ^{p. 63} tono de angustia y terror... —¡Ese traje!... ¡Era verdad!

—¡Y el muy bribón se empeña en seguir aquí atormentándote, Ferminita! —exclamó con desabrimiento la vieja—. ¿Hase visto desvergüenza semejante?

—¿Qué delito he cometido? —dijo Monsalud con viva congoja, estrechando entre las suyas las heladas manos de su madre, y de rodillas ante ella—. ¿Qué habré yo hecho para que usted se desmaye, madre, cuando me ve, y esta buena mujer me mande huir?

—¿Qué has hecho? —repitió la madre con estupor—. Te has pasado a los franceses, estás maldito de Dios y de los hombres, tocado de herejía, perdida para siempre tu alma, y contaminada yo también por haberte parido y criado.

—¡Qué horribles palabras y qué espantosa idea! —exclamó el joven procurando reír, pero con el alma destrozada de vergüenza y dolor—. ¿Tantos males ocasiona este capote que llevo? ¡Oh!, madre querida, yo conocí que hacía mal, yo resistí, conociendo que era una falta servir a los enemigos de mi patria; pero me moría de hambre, y además mi tío tenía mucho empeño en que yo sirviera a los franceses. Una vez dado este paso, ya no puedo volver atrás, porque el honor me prohíbe vender a los que me han dado un pedazo de pan para vivir y una espada para que les defienda. Si por esto he perdido el amor de mi madre, de la única persona que en el mundo me ha querido, de la que me dio la vida, de aquella ^{p. 64} quien he consagrado siempre la mía, será porque algunos malintencionados habrán emponzoñado su alma con bajos sentimientos.

—No, yo te amo siempre —dijo doña Fermina, no pudiendo resistir el ansia vivísima de besar a su hijo y regar con ardientes lágrimas sus mejillas, aunque doña Perpetua extendía a menudo entre los dos sus manos de cartón—; yo siempre te quiero; pero he hecho juramento ante Dios de no admitirte bajo este techo, ni darte mi bendición, ni llamarte hijo, si no abjuras tus errores y maldices tus banderas infernales, si no reniegas de ese vil rey y tornas a la patria y al deber... Mi conciencia me exigió este juramento, y lo he prestado por consejo de respetables

personas a quienes debo consuelos tiernísimos en esta última desventura que ha caído sobre mí.

El joven, cubriendo con ambas manos su rostro, lloró; mas de súbito estalló una violenta indignación en su alma, y apartándose de las dos mujeres, púsose en el centro de la pieza.

—Mi honor —gritó con voz alterada y resuelta— me impide desertar; pero si pierdo el amor de mi madre, y se me arroja de mi casa porque no quiero ser desleal y perjuro, no quiero vivir. Aquí tengo una espada —añadió desenvainándola—, y no me falta valor para atravesarme con ella el corazón.

Doña Fermina se arrojó llorando en brazos de su hijo. La mujer secular permanecía silenciosa, fría, clavada en su silla, contemplando la patética escena como una estatua de cartón^{p. 65} que dentro de su pasta encolada tuviera un alma observadora. Sus ojos negros clavábanse en el joven con aterradora fijeza.

En aquel instante entró un nuevo personaje. Era un anciano fornido y alto, de rostro sanguíneo, duro y tosco, mas no desagradable por cierto; mirar franco y campechano que le animaba y hasta le embellecía. Su cabeza calva apenas se exornaba económicamente con un cerquillo de blancos pelos esporádicos sobre las sienes y en el occipucio; su cuerpo era bravío, imponente, recio, como de varón hecho a las intemperies, a las luchas con hombres y elementos. Vestía negro traje talar, llevado con desenvoltura y abierto por delante para poder introducir fácilmente las manos en el bolsillo o cuadrarlas en la cintura, como a menudo lo hacía aquel hombre, dueño de dos manos enormes, velludas, que sabían llevar el arado, la espada y la hostia. Era don Aparicio Respaldiza, cura de la Puebla de Arganzón.

Mirando al mancebo, más bien con lástima que con rencor, le dijo:

—Ya sabía que estabas aquí, desgraciado. Te hacíamos muerto, muerto con la muerte de la deshonra, que deja el cuerpo vivo. El alma se va y queda la vergüenza.

Luego, acercándose a doña Fermina, que deshecha en lágrimas recibía consuelos y caricias de la beata, le dijo:

—¡Señora Fermina, valor!... El sentimiento materno es el más fuerte de todos. No trate usted de vencerlo: al contrario, desahogue su pecho, llore hasta mañana. Este hijo muerto^{p. 66} es quizás perdido para siempre,

y puede resucitar, si se abraza a la cruz de la patria. Yo seré el primero que le reciba en mis brazos.

—Y yo —repitió la beata, sin que se mostrasen en la engrudada máscara de su rostro, compasión, ni alegría, ni sentimiento alguno—, yo también le abriré mis brazos.

—Hijo mío —dijo doña Fermina poniéndose de rodillas ante Salvador y cruzando las manos—, vuelve en ti; deja esos hábitos infernales, abandona a los que te han seducido, torna a la patria, y recibirás la bendición de tu madre y el amor que siempre te he tenido y te tengo a pesar de tu horrible pecado. Hazlo por Jesucristo crucificado, por la religión que te enseñé, por el agua que en el bautismo recibiste, por el pan eucarístico que has recibido en tu cuerpo; hazlo por mí, por mi honor y buen nombre, que para siempre he perdido en este pueblo; por mi tranquilidad, que no recobraré sin ti; hazlo por el señor cura de nuestra aldea, que te enseñó los mandamientos y la doctrina, la lectura y escritura y el latín, con lo poco que sabes; hazlo por la santa doña Perpetua, que nos da tan buenos consejos y más de una vez te ha entretenido contándote tan bellas historias; hazlo, en fin, por todos los que te aman en esta villa y en el lugar de Pipaón, donde no sé si por ventura o eterna desdicha mía naciste.

Monsalud, enternecido por voz tan elocuente que agitaba hasta lo más hondo su alma, como la tempestad el océano, se había sentado en un escabel, y con los codos en las rodillas^{p. 67} y la cabeza encajada entre las palmas de las manos, lloraba en silencio. El tímpano colosal y endurecido de su entereza se desleía poco a poco.

—Y lo que es ahora —dijo el cura para favorecer el deshielo—, los franceses van a ser destrozados. ¡Pobrecitos de los que se unan a ellos!

—Bueno —dijo Salvador alzando de repente la cabeza—; déjenme que lo piense. Eso no se puede decidir en un momento: los que estamos acostumbrados a cumplir con nuestro deber y a obedecer a nuestros superiores...

—No hay ningún superior que tenga sobre ti más autoridad que tu madre —dijo el cura, paseándose por la habitación con las manos a la espalda—; tu madre, personificación viva de la patria, que a todos sus hijos gobierna y dirige.

Doña Fermina corrió a abrazar a su hijo, besándole cariñosamente en la frente y en las mejillas.

—Querido niño mío —le dijo—, veo que estos dos excelentes amigos te van convenciendo. Dejarás a esos perros franceses, devolviéndome la tranquilidad y poniéndome en paz con mi conciencia y con Dios. Siéntate, descansa; te esconderemos para que no puedan verte los vecinos con ese endiablado uniforme...

—Es una imprudencia que le tengas en tu casa mientras de todo en todo no se convierta, —dijo la santa con severidad.

—¿Y qué importa? —repuso doña Fermina, ofendida de la intolerancia de su consejera—. ^{p. 68} Mi hijo está arrepentido. El pobrecito estará hambriento y fatigado. Lo primero es que tenga salud.

—Puede quedarse —afirmó el cura, menos celoso que la beata—. Salvador es un buen muchacho... ha dicho que lo pensaría... Tiene buen natural y mucha inteligencia... y, sobre todo, el deber le ordena servir a la patria. Aquí donde me ves —añadió deteniéndose en medio de la estancia en actitud marcial—, estoy disponiéndome para salir por ahí con otros amigos... Ya sabes que mi puntería es la mejor de toda la tierra de Álava. Hemos decidido organizar una partidilla, para auxiliar a las de Longa. ¿Qué te parece mi proyecto? ¡Oh, admirable! Los hombres se deben a su patria, y es preciso que nosotros, los que estamos en cierta jerarquía, demos el ejemplo a los demás... La ocasión es solemne, y ningún español puede permanecer en su casa. Wellington está cerca, y es preciso ayudarle. ¿Qué tal? ¿Te animas? Yo no espero sino a que venga de Peñacerrada don Fernando Garrote, que es hombre muy entendido en guerras, para partir con él... Serás un buen escopetero, Salvador.

—Siéntate, hijo —indicó la madre observando que el joven no se entusiasmaba excesivamente con el bélico ardor de Respaldiza—. Voy a aderezar algo de comida. Estarás muerto.

—No tengo ganas de comer —respondió el mozo, profundamente abstraído.

La madre le miró con desconsuelo, viendo sin duda en su abatimiento pensativo la señal de nuevas vacilaciones.

^{p. 69}—He dicho que lo pensaría, ¿no es eso? —murmuró Monsalud sin pensar en comer—. Pues bien: lo pensaré... déjenme pensarlo todo el día... Es cosa grave... El convoy que he custodiado y que lleva el general Maucune, sale ahora mismo; pero yo no saldré hasta mañana con el convoy grande.

La madre y los dos amigos permanecieron mudos, y sin pestañear le observaron. Luego abrazó el hijo a la madre, y sonriendo dijo:

—Volveré más tarde.

Cuando salió de la habitación, la vieja se expresó así:

—¡Perdido, perdido para siempre!

Más optimista y generoso el cura, tranquilizó a la afligida madre, diciendo:

—Es nuestro.

IX

Para mayor claridad de sucesos que han de venir, Dios mediante, no estará de más referir algunos antecedentes relativos a las principales personas de esta historia. Era doña Fermina natural de Pipaón y rama del tronco de una honradísima o hidalga familia; mas Dios quiso que en ella y su hermano tuviese fin el lustre de su casa, pues quedando huérfanos en edad temprana, mientras él derrochaba en Madrid toda la fortuna paterna, sufrió^{p. 70} ella una desgracia irreparable que por siempre la condenó a la oscuridad y a la vergüenza, con lo cual acabó para el mundo, y en el olvido quedaron las nobles prendas de su alma y superior mérito.

Una herencia de poquísimo valor y un pleito enfadoso la obligaron a establecerse en la Puebla en 1811. Vivía allí con modestia y muy retirada; pero la trataban algunas personas, y entre ellas asiduamente doña Perpetua y el cura, que bien pronto ejercieron en su ánimo grande influencia, convidándoles a ello la gran sencillez y bondad de la piadosa mujer. Doña Fermina no era vieja aún; pero habíala desfigurado la negra tristeza que en todos tiempos llenaba su alma, y, finalmente, el pesar por la ausencia de su hijo. Los amores de este con cierta joven de la villa, y sus cuestiones y disputas con otro muchacho, hijo de acomodados padres, obligaron a doña Fermina a enviarle a Madrid, donde hizo lo que ya sabemos, y se entregó en cuerpo y alma a los franceses.

Después de la conferencia antes referida, salió Monsalud a la calle y vagó por las principales del lugar, tan ocupado por sus pensamientos que

a nada atendía, ni paró la atención en la mucha gente que le miraba. Su entereza había sido muy quebrantada por la lastimosa escena de la mañana, y la desertión que antes le parecía un hecho deshonesto, contra el cual a voces protestara su pura conciencia, se le representaba al fin no solo como natural, sino como en alto grado laudable y meritorio.^{p. 71} El grande amor que a su madre tenía, y el prestigio de las dos religiosísimas personas de que se ha hecho mención, habían trastornado sus ideas, abierto nuevas vías a su pensamiento, y cambiado el modo de ver las cosas de la vida y especialmente de la guerra.

«Es indudable —dijo para sí—, que el deber que hacia mi patria tengo anula todos los demás deberes... Al nacer contraí con mi patria el compromiso tácito de defenderla, y este compromiso anula también todos los juramentos posteriores... Váyanse los franceses con doscientos mil demonios... ¿Pero una conciencia honrada puede consentir el abandono traidor de los que nos han hecho un beneficio, y el hacer armas contra ellos, aunque sea en las filas de la patria? No; en caso de desertar renunciaré a mis grados militares, romperé mis charreteras y, dejando a los franceses, me retiraré a mi casa resuelto a no volver a tomar un fusil en la mano.»

Así discurría, balanceando su voluntad de un lado para otro, pero inclinándose más del lado de la desertión. Al fin sus pensamientos tomaron vuelo por distintos espacios, y puso en olvido a franceses y españoles. En aquel mar agitado de sus ideas sobrenadó lo que sobrenada siempre, y todo lo demás se fue al fondo. Mirando las verdes copas de árboles que se elevaban sobre los tapiales viejos de una huerta entre irregulares tejados, dijo hablando consigo mismo:

«¿Estás ahí, Jenara? Todo sigue lo mismo: árboles, casa, cielo y tierra, el aire y el sol, y^{p. 72} lo mismo también mi corazón, que antes dejará de latir que de quererte.»

Los redobles de tambor que sonaron en las inmediaciones del pueblo le obligaron a seguir adelante.

«Como la división no se pone en marcha hasta mañana temprano —dijo—, tengo tiempo de pensar lo que debo hacer; vamos al campamento y esta noche... Esta noche verá a Jenara aunque me sea preciso degollar a su madrastra y ahorcar a su abuelo.»

Pensándolo así, fue al campamento llamado por su obligación; mas nada le ocurrió en él digno de contarse, por lo cual apresuramos la

narración, acortando el día y transportando a nuestros lectores a la apacible y oscura noche, cuando Monsalud dirigiose solo y con el alma llena de ansiedades entre dulces y dolorosas, a los mismos tapiales de tierra que por la mañana vimos, descollando sobre ellos la frondosa arboleda de una huerta.

Llegó el joven, y reconocidos los contornos de la casa para ver si alguien le observaba, cerciorado al fin de que en las callejas contiguas no había curiosos ni rondadores, tomó una piedrecilla y la arrojó contra la única ventana de la casa que a la huerta daba. Luego articuló hábilmente unos silbidos que parecían el canto de un pájaro nocturno; mas ninguna señal de la casa contestó a su extraña música hasta la tercera repetición.

Abriose al fin la ventana; pero no conociendo Salvador la persona que en el oscuro hueco apareciera, y receloso de que fuera el^{p. 73} suspicaz abuelo o la vigilante madrastra, calló y ocultose en las densas sombras que proyectaban las cercanas paredes. Poco después creyó sentir pasos en la huerta y el tenue ruido de las matas que se rozaban unas con otras apartándose para dar paso a un vestido. Acercose entonces muy quedito a la empalizada que protegía la entrada de la huerta, y que en sus tablas carcomidas tenía grietas, agujeros y hendiduras suficientes para dar paso libre a la palabra durante la noche y aun a la vista durante el día. Conocía el joven aquellos viejos maderos, la disposición de sus huequecillos y claros como se conoce el traje que se ha usado muchos años. Al pegarse a ellos, su corazón más que su oído le dio a entender que por dentro suspiraba una persona.

—Generosa —dijo aplicando los labios a una juntura por donde difícilmente podía pasar un dedo.

—Salvador —repuso desde el contrario lado una dulce y conmovida voz, como gemido del viento entre las hojas—. ¿Eres tú?

—Aquí estoy, siempre tuyo, siempre queriéndote, muriéndome, Jenara, por ti —dijo Monsalud oprimiendo su cuerpo contra las frías y duras tablas—. Dime si me has olvidado, si quieres a otro. Jenara, estás aquí y no puedo verte. ¡Maldita noche!... ¿Me has olvidado? ¿Me quieres todavía?

—Sí —repuso desde dentro la dulce voz—, te quiero. ¿Por qué has estado tanto tiempo sin escribirme? ¡Cuánto me has hecho llorar!

—Jenara —murmuró el joven apoyando sup.⁷⁴ frente abrasada sobre la madera—, mete tus deditos por esta rendija de la derecha.

Dos blancos dedos aparecieron, por la rendija, moviéndose como dos culebritas. Monsalud, después de imprimir en ellos amorosos besos, los estrujó entre sus manos, hasta que la muchacha los retiró diciendo:

—Me lastimas, Salvador.

—Jenara, soy muy desgraciado, soy el más infeliz de los hombres. Déjame que te vea, pues viéndote, aunque sea un momento, me será menos penosa la vida.

—¿Por qué eres desgraciado?

—¿Por qué...? —repuso el joven vacilando—, porque no te veo, porque tu abuelo y tu madrastra no quieren que seas para mí... Jenara, por Dios, rompamos estas tablas.

—¿Estás loco? Deja las tablas como están y hablemos. Aún no sé si podré estar aquí mucho tiempo.

—¿Los de tu casa duermen?

—Sí; pero mi abuelo tiene el sueño muy ligero, y como todos hemos de madrugar mañana para ir a Vitoria, se ha acostado vestido, y al menor ruido, Salvador, saldría como un león.

—¿Te vas a Vitoria?

—Sí; el abuelo teme que los franceses destruyan esta villa. Allá estamos más seguros... ¿Irás tú por allá?

—Tal vez.

—Pero no me has dicho las causas de tu desgracia. Yo también soy desgraciada. Tengo un pesar que me destroza el alma. ¿Sabes^{p. 75} por qué? Porque te quiero, Salvador —dijo la muchacha con acento quejumbroso—, porque te quiero mucho, porque desde hace dos años, desde que tú y tu madre vinisteis a estableceros en esta villa, te estoy queriendo.

—¿Lloras, Jenara? —preguntó Monsalud, oyendo los sollozos de su amiga.

—Sí, lloro... Pero de ti depende que me muera de dolor o que sea muy feliz. Respóndeme.

—¿A qué?

—Salvador, Salvador de mi alma, en la Puebla se ha dicho que te habías pasado a los franceses. Hoy mismo dijo mi abuelo que estabas entre los vándalos que llegaron anoche. Yo no he querido creerlo; se me ha resistido creerlo. Dime si es verdad, dime si te has pasado a los

franceses; y si es cierto, Salvador, no volverás a oír una palabra de mi boca, ni me verás. Jenara ha muerto para ti. Jenara te aborrece.

Monsalud se quedó yerto y frío y sin habla. Helado sudor corría por su frente.

—Jenara —dijo haciendo un esfuerzo para atraer la palabra de su agitado corazón a sus trémulos labios—, ¿por qué has de tomar tan a pechos...?

—Contéstame pronto —repitió la voz.

El joven vaciló un momento y después dijo:

—Pues bien: es mentira.

—¡Salvador, has dicho que es mentira! —exclamó Jenara alzando la voz—. ¡Bendita sea tu boca! ¡Bendita sea tu alma! Todo mentira;p. 76 invenciones de la gente, envidia también de tus buenas prendas.

—Invenciones, envidia —repitió sordamente Salvador.

—Pues tú me lo dices, lo creo —dijo la muchacha—. Nunca me has dicho sino la verdad. No sé de dónde ha sacado la gente tal noticiota. Dijeron que te habían visto hoy por el pueblo vestido con un uniforme verde y un sombrero de piel.

Monsalud calló.

—Hace un momento, Salvador mío, me quedé dormida; soñé primero con tu uniforme verde y tu sombrero de piel, adornado con un águila dorada. ¡Me causabas horror! A pesar de tanto como te he querido, viéndote de aquel modo me parecías el más aborrecible, el más espantoso de los hombres.

Salvador sentía en su garganta un cerco de hierro que le ahogaba. Era la gola con la insignia imperial. Bajando hasta su pecho le mordía el corazón, y el águila majestuosa que exornaba su frente no le hubiera quemado el cerebro con más violencia si fuera una llama. El desgraciado joven sentía en su interior una ansiedad semejante a la agonía que precede a la muerte.

—Pero después —prosiguió la joven—, tuve otro sueño mejor. Soñé que lo de pasarte a los franceses era mentira, como has dicho; soñé que volvías a la Puebla vestido de paisano, pobre, pero con honra; que volvías después de haber estado combatiendo con los franceses en las filas de Longa, de Pastor o de Mina...p. 77 ¿Estás de paisano? Cuéntame lo que has hecho durante ausencia tan larga.

—Todo te lo contaré. Pero dime: si yo hubiera cometido la infamia, la deslealtad, la alevosía de servir a los franceses, ¿es cierto que habrías aborrecido al pobre Salvador, que lo mismo te quiere hoy que ayer?

—No me lo digas —contestó la joven—. ¿Por qué se quiere a las personas? ¿Por el rostro? No lo creas. Se quiere a las personas por las prendas del alma, por el valor, por la honradez, por la generosidad, por la lealtad, por la dignidad, por la nobleza.

Monsalud no oía estas palabras. Sentíalas en su corazón como saetas que se lo atravesaban de parte a parte.

—El que en una guerra como esta —continuó la joven— da de lado a sus hermanos que están matándose por echar a los franceses; el que ayuda a los enemigos, a esa caterva de herejes, ladrones y borrachos, es un traidor cobarde, un ser despreciable, un Judas. Los perros de España merecen más consideración que el que tal vileza comete. Si tú la cometieras, Salvador, no solo te aborrecería, sino que me mataría la vergüenza de haberte querido.

Monsalud apuró con resignación este cáliz de amargura. Las palabras de la fogosa doncella, juntamente con el recuerdo de la escena ocurrida en la casa materna, le hicieron comprender la inmensidad del sentimiento patrio. Todo lo que en este hay de violento y salvaje desaparece ante la grandeza de su lógica. Contra aquello, ¿qué podían José ni Napoleón conp. 78 todos sus ejércitos? Sobre aquel sentimiento, sobre aquel odio de las muchachas a todo el que no fuera patriota, descansaba la inmortalidad nacional, como una montaña sobre sus bases de granito. Monsalud lo vio todo: vio aquel gigante cruel y sublime, salvaje, pero grandioso, y se inclinó ante él abrumado, vencido, resignado, comprendiendo su propia miseria y la magnitud aterradora de lo que tenía delante.

—Jenara —dijo con voz conmovida—, mete tus deditos por esta rendija. Me muero de dolor; soy el más desgraciado de los hombres.

—¿Por qué? —dijo Jenara poniendo su alma en las yemas de los dedos y echándola a la calle—. Yo estoy contenta... ¿Pero Salvador, qué es esto que toco? Un botón de metal, y otro, y otro. ¿Tienes uniforme?

—Me compré un chaquetón en Valladolid, cuando venía para acá —repuso turbado el militar—. Así se usan hoy.

—Salvador, ahora que te has movido, ha sonado contra el suelo una cosa de hierro. Parece un sable.

—¿Pues no te dije que lo tenía? Sí; me lo dieron unos guerrilleros en Nájera.

—¿Has estado con los guerrilleros? —preguntó la joven con entusiasmo—. ¡Y no me lo habías dicho! ¡Oh, con los guerrilleros! ¡Bendígalos Dios!... Salvador, entra tu mano por este agujero grande que hay más arriba... ¿Conque has estado con los guerrilleros?

La mano de Monsalud pasó de la calle al jardín, y el joven sintió sobre ella los labios de p. 79 Jenara, quemándole como ascuas, que se le metían por las venas adentro hasta el mismo corazón.

—Salvadorcillo —dijo la joven, acariciando la mano de su amigo—, ¿esta mano ha matado muchos franceses?

A Monsalud, después del anterior fuego, se le heló la sangre en las venas al oír esto.

—Siempre que oigo contar hazañas de guerrilleros —prosiguió Jenara—, me acuerdo de ti. A todos me les figuro como tú, y me parece que nadie puede ganarte en valentía. Sueño con las sangrientas batallas en que perecen muchos franceses. ¡Ay!, si yo fuera hombre, no quedaría con vida ni uno solo de esos perros. Cuando voy a la iglesia y oigo al cura contarnos en el púlpito las ventajas de los guerrilleros; cuando vienen a casa los amigos de mi abuelo y hablan de las batallas ganadas por Longa y Mina, no puedo apartar de ti mi pensamiento. Me moriría de felicidad si oyera tu nombre entre tantas maravillas de valor. Los buenos soldados de España se me representan como San Miguel, ángeles armados y hermosos que destrozan al dragón. ¿Eres tú de esos, Salvador; eres tú un San Miguel? —añadía con exaltación admirable—. Dime que sí, y te querré más todavía. Dime que has matado muchos enemigos, que has defendido a España contra esos borrachos del infierno; dime que te has bañado en su sangre maldita y machacado sus horribles cabezas, y te querré más que a mi vida, te querré como a Dios... Nosotros somos Dios, Salvador; nosotros los españoles somos p. 80 Dios y ellos el demonio; nosotros el cielo y ellos el infierno. Así lo dicen el cura y mi abuelo, y tienen mucha razón.

—¡Mucha razón! —repitió Monsalud por decir algo—. Jenara, tu frenesí me conmueve. Ahora veo que hay otra religión además de la que está en el catecismo: la religión de la patria. Los hombres la practican y las mujeres la sienten. Si la fe en Dios mueve las montañas, la fe de esa otra religión también las mueve. Con ella el heroísmo y el martirio son

cosas fáciles... Jenara, yo te juro ante Dios que nos está mirando desde lo más alto del cielo, que haré todo lo posible para elevarme como tú hasta el último grado en la fe de la madre España. Mis proezas no han sido hasta ahora muy grandes; pero aún hay franceses en la tierra. Soy joven, fuerte, robusto: soy soldado de la patria. Morir por ella y morir por tu amor me parece lo mismo. Jenara de mi alma, quiéreme mucho.

—Salvador mío, ese es el lenguaje que me gusta oírte —dijo la muchacha—. Estamos en guerra. Todo hombre que no sea guerrero hoy no merece más qué desprecio. ¿Te gusta a ti la guerra, Salvador? Di por Dios que sí, dímelo.

—Extraordinariamente, Jenara. El corazón que no palpita por estas tres cosas, Dios, la mujer amada y la victoria, no es corazón de español ni de hombre.

Sintiose el suave estallido de algunas tablas. Jenara sacudía la empalizada.

—¿Qué haces? —le preguntó Monsalud—. Esto se mueve.

p. 81—Salvador, amigo querido de toda mi vida —dijo con pasión la muchacha—. ¡Malditas sean estas tablas que nos separan! Empuja un poco de ese lado.

—Se romperán, Jenara. Esto no es tan fuerte como parece —indicó el joven con terror.

—Quiero verte —añadió Jenara con voz que se ahogaba entre sollozos y suspiros—. Hace tanto tiempo que no te veo... y si ahora te vuelves con los guerrilleros, y tu arrojo te causa la muerte en una acción... no te veré más... ¡Ay! estas condenadas tablas no ceden.

—No —repuso el mancebo tranquilizándose.

—Oye —dijo la doncella con exaltación—, si es tan grande tu empeño por entrar y verme, no es menor el mío. Nada más triste que hablar y no poderse ver las caras. ¿Estás pálido, Salvador, estás tostado del sol?... Oye lo que me ocurre. Mi abuelo tiene la llave de esta puerta sobre la mesa de su cuarto. Ahora duerme... puedo entrar de puntillas y cogerla. No sentirá nada... Aquí está el candado, hijito... se abrirá fácilmente... ¿Conque voy por la llave?

X

—Detente —dijo Monsalud, a quien causaba rubor y angustia la idea de que al abrirse la puerta descubriera Jenara por su traje el engaño de su patriotismo y la verdad de su^{p. 82} afrancesamiento—. Detente, Generosa, y reflexiona un momento sobre lo que vas a hacer... Te quiero más que a mi vida; te quiero, no por egoísmo, sino con verdadero amor que por encima de todo pone el bien de la persona amada. No necesito llave para abrir esta puerta del cielo, Jenara: basta un esfuerzo mío para echarla a tierra; pero no la romperé, no, porque mi propia estimación y, sobre todo, la tuya, me lo prohíben.

—Dices bien: yo estoy loca —murmuró la muchacha—. Acércate; que sienta yo tu respiración pasando por estas rendijas, Salvador mío. ¿No te marcharás todavía?

Monsalud, fatigado de la farsa que estaba representando y que repugnaba a la dignidad y lealtad de su alma generosa, mas sin deseos de ponerle fin alejándose de la dulce criatura amada, quiso variar de conversación, entablándola sobre un asunto que no tuviera relación con la guerra, ni con los franceses, ni con los guerrilleros.

—Niña mía —dijo—, se me había olvidado un asunto del cual pensé hablarte.

—¿Cuál?

—Durante este tiempo en que no nos hemos visto, he tenido celos, muchos celos. En Madrid me dijeron que querías al hijo de don Fernando Garrote. Recordarás que cuando éramos novios, él te hacía la corte; que Garrote y yo nos mirábamos con muy malos ojos; que por haber reñido primero de palabra y después de obra, tuve que salir de la Puebla jurándole enemistad eterna. Si después de esto,^{p. 83} has tenido la debilidad, no digo de quererle, porque esto me parece imposible, sino de admitir sus galanteos, buscaré a ese fatuo y donde quiera que lo encuentre, lo mataré.

Contra lo que Monsalud esperaba, Jenara no se escandalizó de lo que acababa de oír ni menos contestó a los agravios del mancebo con mimos y lloros, según costumbre tan antigua como el mundo. Oyó él tras los maderos una risita que no le agradó, y después estas palabras:

—¡Qué tonto eres! No hagas caso de eso. Cierto es que Carlos Garrote me hace la corte y quiere casarse conmigo. Me envía regalitos, ramos de

flores, va a misa a la misma hora que yo, y algunas veces viene con sus amigos a desgañitarse bajo las rejas de esta casa, acompañado de guitarras y bandurrias.

—¡Jenara, Jenara, me estás destrozando el corazón! —exclamó el mancebo con fuego—. ¿Por qué te ríes?

—Me río de él. Y no es mal muchacho, Salvador —continuó Jenara—. Tiene buen porte, muy bueno, sí, y también excelentes cualidades, solo que no es amable ni delicado como tú, sino brusco, serio y...

—Y fatuo, vanidoso, y soplado —interrumpió Monsalud—. Veo que no te disgusta mi enemigo.

—Ni me gusta, ni me disgusta —dijo la doncella, aplicando su boquita a las hendiduras para que se oyese mejor lo que decía—. Si no lo quiero, tampoco desconozco sus buenas cualidades, especialmente el valor grande y temerario^{p. 84} que ha mostrado en esta guerra. ¿Qué crees tú? Carlos Navarro, el hijo de don Fernando Garrote, es la admiración de esta villa y el honor de todo el país de Álava. Ha corrido por esos mundos con Longa y Pastor, y todos dicen que no han visto mozo de más arrojo y bravura. ¿Pues y su tino para la guerra? ¿Y su ciencia militar, que nadie le ha enseñado? Todo lo sabe, y es al modo de los grandes capitanes, que en un abrir y cerrar de ojos aprenden por completo el arte de pelear. Mi abuelo asegura que de Carlos Navarro a Alejandro el Grande va menos que el canto de un duro. Hace meses, cuando entró en la Puebla después de haber derrotado a los franceses, todos los habitantes de esta villa salimos, como en procesión, a vitorearle. ¡Qué día, Salvador! Yo me acordaba de ti, y hubiera querido que estuvieses aquí para ver tanto entusiasmo. Yo no cabía en mí de puro confusa, exaltada y alegre. No sé lo que pasaba en mi alma cuando vi a Carlos Navarro en su caballo blanco entrar triunfalmente cubierto de guirnalda de flores, con la espada en la mano y el orgullo de la victoria en los ojos. ¡Ay, Salvador, me eché a llorar!

—¡Te echaste a llorar! —dijo Monsalud, con un volcán de celos dentro del pecho—. No lo digas delante de mí. Eso es un insulto, Jenara... me estás matando.

Sin añadir más palabras, golpeó con tanta violencia las tablas, que la débil empalizada vaciló. Ocupado por el dolor y los celos, que entre confusiones mil agitaban su alma, Monsalud^{p. 85} no advirtió que en el extremo de la calleja donde tan descuidadamente departía con su

tormento, había aparecido un hombre; que aquel hombre se había acercado con cautela y puéstose inmóvil y vigilante como a dos varas de la amorosa conferencia. Cuando la empalizada crujió al recibir los golpes de fuera, dio algunos pasos más hacia adelante el que parecía fantasma, y entonces le vio nuestro celoso joven.

Ambos se miraron sin hablar nada, hasta que el desconocido rompió el silencio, diciendo con voz grave:

—¿Qué hace usted aquí?

—Lo que quiero —repuso Monsalud reconociendo al instante la voz de Carlos Navarro, hijo único del célebre y hasta ahora no conocido don Fernando Garrote—. Siga usted su camino, que no me creo obligado a informarle de mi conducta, señor entrometido.

—Ahora veremos quién desfila —dijo el otro sin perder la calma—. Me parece que tengo enfrente a Salvadorcillo Monsalud, el cual marchó a Madrid a servir a los franceses.

—El mismo soy —exclamó el militar con brío—. ¿Qué quieres de mí, Carlos Navarro?... Supongo que traerás una espada.

—No.

—¿Navaja?

—Tampoco. Vengo sin armas. Si las trajera, no las deshonraría midiéndolas con las de un miserable traidor, con las de un vendido a los franceses.

—¡Navarro! Llevo un uniforme que no es el p. 86 tuyo —exclamó Salvador con violento coraje—. No lo desprecies. El corazón que va dentro de él no ha cometido ninguna acción villana. Lo mismo puedo matarte con una espada española que con un sable francés.

—¡Vendido!... deja libre la calle. No reñiré contigo. Cuando me encuentro con un traidor, escupo y paso.

—¡Miserable, cobarde, salteador de caminos! —gritó Monsalud sintiendo culebrear el rayo dentro de sus venas—. Defiéndete, si no quieres que aquí mismo te atraviere y envíe al infierno tu alma perversa.

Monsalud desenvainó el sable. Navarro no hizo movimiento alguno hostil; pero echando atrás el embozo de su capa negra, alargó la mano sin otra arma que una linterna. El espacio que separaba a los dos enemigos se inundó de luz.

En el mismo instante la empalizada, que poco antes se estremecía sacudida con violencia por un hombre, cedió por completo a los

esfuerzos de una mujer, y abierta al fin, dio paso a Jenara, que, pálida como la muerte, fue derecha a ponerse entre los dos jóvenes. Alargando sus brazos, podía tocar el pecho del uno y del otro. Lo primero en que se fijaron sus ojos fue en la gallarda persona del renegado, cuyo brillante uniforme reflejaba la luz de la linterna en los relucientes botones de cobre, en el águila, carrilleras, gola y cartera. Jenara dio un grito agudísimo; miró a uno y otro galán alternativamente, acongojada y confusa, como quien no cree lo que ven sus ojos y tocan las^{p. 87} propias manos. Monsalud, que resuelta y ciegamente iba ya contra su enemigo, detúvose al ver interpuesta a la hermosa joven.

—¡Este es Monsalud! —exclamó ella con perplejidad indescriptible—. Navarro, ¿es este Monsalud?

—Por el uniforme francés se le conoce —respondió el guerrillero.

—¡Francés, francés! —gritó la doncella—. ¡Tú francés..., embustero además de traidor!

—Sí, francés, francés —rugió Salvador—; francés, traidor y embustero y todo lo que quieras; pero vete de aquí y déjame solo con ese hombre.

—¡Virgen María! ¡Señor mío Jesucristo! Asísteme en este trance —murmuró la joven.

Después entró corriendo en el jardín, y desde la empalizada y con voz clara, argentina, sonora, penetrante, voz que no puede definirse, como no puede definirse la pasión extraña que la inspiraba, gritó:

—¡Navarro, mátale, mátale sin piedad!

XI

—Mátale —repitió alejándose la voz, al mismo tiempo dulce y guerrera—, mátale por embustero y traidor.

Monsalud, al oírla, sintió en su corazón frío de muerte; sintiose cobarde; zumbó en su cerebro^{p. 88} la sangre inflamada; su brazo era un estropajo inerte que apenas podía mover el sable, aquel hierro, trocado en

caña inútil por la súbita congoja del alma... El universo entero se le había caído encima.

—No tengo armas —dijo Navarro sin dar un paso hacia adelante ni hacia atrás y soltando la linterna—. Puesto que no puedo ni quiero batirme contigo en lid de caballeros, asesíname, francés; ese es tu oficio. Asesina al guerrillero de Andía y la Borunda.

La serenidad grave y un poco petulante de aquel hombre; el mirar fijo de sus ojos; su hermosa estatura; la capa que de los hombros le caía hasta los pies, dándole el aspecto de una estatua negra, trastornaron a Monsalud más de lo que estaba. ¿Por qué no decirlo? Tenía miedo, un pavor semejante al que infunde la superstición. Todo cuanto veía parecíale sobrenatural, obra del demonio, obra de Dios tal vez. Sobreponiéndose a su espanto, dijo:

—Es mentira, la traes bajo tu capa. ¿Tienes miedo?

Con esta pregunta pensó sacarle de su fría impasibilidad; mas el otro, sonriendo con desdén, replicó:

—Salvador, guarda ese chisme y vete con los tuyos.

—Mátale, mátale por traidor y embustero —gritó más lejos, desde la casa y junto a la puerta que daba al jardín la voz divina y furiosa de Jenara.

Un hecho es este cuyo tenebroso misterio^{p. 89} no penetrará jamás con exactitud el observador; pero es indudable que la pasión amorosa, confundida con el arrebatado sentimiento patriótico que en el alma de la mujer produce fenómenos extraordinarios, durante las grandes guerras de raza, está sujeta a veleidades casi increíbles. El fanatismo de Jenara hizo de ella, en la ocasión crítica que se narra, un ser espantoso; pero ¿es posible pronunciar la última palabra sobre la vengativa saña de su alma exaltada, sin deslindar lo que de sublime y de perverso había en los sentimientos que precedieron a la tremenda explosión? La pavorosa figura bella y terrible, que pedía la muerte de un hombre, pocos minutos antes amado, encaja muy bien dentro del tétrico cuadro de la época, en la cual las pasiones humanas exacerbadas conducían a los hechos heroicos y a los mayores delirios. Había en Jenara una entereza romana que de ningún modo podía ser completamente odiosa: en sus odios, lo mismo que en sus amores, no se quedaba nunca a medias.

—Tiene razón —dijo de súbito Monsalud arrojando el arma—. Yo soy el que debe morir. ¡Navarro, ahí tienes mi sable! Da gusto a Jenara.

Navarro recogió el sable y, entregándolo a su rival, le habló así:

—Te he dicho que te marches a tu campamento. Ni una palabra más.
No gusto de conversación.

En el mismo instante sonaron dentro de la casa voces de alarma.

p. 90—¡A ese! ¡al francés!... ¡al renegado! —gritaban voces distintas.

Viéronse luces, abriéronse puertas y aparecieron algunos hombres y mujeres con escopetas y palos.

—¡Al pozo con él! —gritó uno.

—¡Ahorcarle!... venga la cuerda —gritó otro.

—Meterle en el horno —vociferó un tercero.

De las casas vecinas salió más gente; aparecieron grupos por la calleja, de tal modo y con tanta presteza, que Monsalud se vio amenazado por una ruidosa caterva de personas de todas clases.

—¡Muerte al francés! —gritaban.

Recobrando su ánimo, el jurado se apercibió para defenderse.

La voz de Jenara repitió a lo lejos con estridente aullido, que parecía proceder de la garganta de un ángel de exterminio, flotante en el negro espacio sobre el lugar de la escena, las siguientes palabras:

—¡Por traidor y embustero!

Hubiéralo pasado muy mal, perdiendo seguramente la vida el pobre jurado, si su propio rival no le defendiese de aquella turba rabiosa, apartando a unos, haciendo callar a otros, y repartiendo a diestro y siniestro empujones y porrazos.

—Nosotros no asesinamos —gritó—. Dejen libre a este pobre hombre que se va a su campamento.

Pero ya que no podían acabar con él, siguieron azuzándole con la soez valentía del número. Protector y protegido, sin dejar por p. 91 eso de ser encarnizados enemigos, caminaron largo trecho, abriéndose paso con dificultad. Gracias a la hora tardía y oscuridad de aquellos lugares, no acudió más gente al alboroto, que si acudiera, mal lo habría pasado el del uniforme francés a pesar de hallarse tan cerca sus amigos. Felizmente para Salvador, a medida que avanzaban, disminuía la molesta chusma, hasta que al fin, después de andar largo trecho hacia una de las puertas de la villa, donde se distinguían las fogatas y se escuchaba el rumor de las fuerzas acampadas, la ruin turba quedó reducida a media docena de hombres. Navarro les aplacaba y despedía uno por uno, logrando al cabo quedarse solo con la víctima. Más abrumaba a Monsalud la nobleza que

demostrara en la referida ocasión su enemigo que los insultos con que le vituperó poco antes.

—Estamos solos —dijo cuando llegaron a la plazoleta inmediata a la puerta que da paso al puente del Zadorra—. Navarro, agradezco tu generosidad. Quieres matarme en buena lid, y no has permitido que me asesinen esos bárbaros. Solos estamos. ¿Es cierto que no traes armas?

—Ya lo he dicho —replicó el otro.

—Lo creo; eres valiente y sé que no las ocultarías por cobardía. ¿Insistes en no batirte conmigo? No me he pasado a los franceses: antes de servirles, yo no había tomado las armas por ninguna causa. Mi destino lo ha querido así; pero no estoy deshonorado. Mi desgracia, mi abandono, mi pobreza, lleváronme a las filas^{p. 92} del enemigo, y la deshonra consistiría en abandonarlas en el peligro... Ve, pues, en busca de tus armas; aquí te espero.

—No quiero —repuso Navarro con sequedad—. Ya te he dicho que sigas tu camino.

Y luego, con expresión de orgullo que Monsalud no acertaba a explicarse, añadió:

—Soy guerrillero.

Dijo esto como si dijera: «Soy Dios.»

—Bien: ¿y qué más da que seas guerrillero? Eso prueba que eres valiente —declaró el otro con aflicción.

—¿Sabes lo que haré si te vuelvo a encontrar junto a las tapias de la casa de Jenara, o si la miras, o si hablas de ella en público, siquiera digas solamente que la has conocido?

—¿Qué?

—Cortarte las orejas... Conque adiós.

Dicho esto volvió la espalda y se alejó tranquilamente, dejando a Salvador perplejo y dudoso entre aceptar aquel inopinado desenlace de la contienda o arremeter tras su enemigo para herirle. Una ira loca sucedió a las dolorosas dudas, y, siguiendo a Carlos, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Navarro, eres un cobarde!

El guerrillero volvió atrás, y con provocativa flema le dijo:

—Como están cerca tus amigos; como se les ve desde aquí y podrían venir al menor ruido, te has vuelto tan bravo que si te vieran los gatos de la vecindad, temblarían de miedo.

—Navarro —exclamó Monsalud con frenético coraje—, toma mi sable. Espérame un instante,^{p. 93} un instante no más, mientras voy a que un amigo me preste el suyo. Entonces me podrás decir lo que te acomode, y yo morir o cerrarte para siempre esa boca insolente.

—Salvador —gritó Navarro comenzando a perder la enfática serenidad que mostraba—, no me provoques con tus ladridos... Te he perdonado y me insultas, te desprecio y me sigues. Tanto me buscarás, que al fin has de encontrarme.

Con rápido movimiento se desembozó, dejando en tierra la linterna.

—No tienes tú la culpa —dijo—, sino quien, sabiendo lo que eres, baja de noche a hablar contigo por la reja de la huerta. Jenara no te conocía, sin duda, o la engañaste con torpes embustes.

—Dime todo eso con una espada, con una pistola, con tu sangre, malvado —clamó Monsalud rugiendo de ira—, y te contestaré lo que mereces.

—Pues sea —gritó Carlos, y en el mismo momento oyose sonar el chasquido del resorte de una navaja, cuya larga hoja brilló en la oscuridad.

—Yo también traigo la mía —dijo con júbilo Monsalud, arrojando el sable—. Navarro, defiéndete.

Envolvían en el siniestro brazo el uno su capote y el otro su capa, cuando se oyeron pisadas y luego voces alegres que por un callejón cercano se acercaban.

—Son franceses —dijo Navarro, pateando con furia.

^{p. 94}—¿Franceses? ¿Y qué importa? Seguirán su camino. Adelante, pues.

—Traidor —gritó el guerrillero—, me has traído a donde están tus amigos.

—Vamos a donde quieras; elige sitio —repuso el jurado apresurándose a partir.

Apenas dieron algunos pasos en la dirección que indicara Navarro marchando delante, cuando se vieron detenidos por media docena de franceses, borrachos todos como cubas, los cuales, reconociendo al punto a Monsalud, le rodearon, y con gritos y vociferaciones del peor gusto le saludaron.

—Dejadme, dejadme solo, amigos —dijo este.

—¿Quién es este bravo mozo? —gritó un francés dirigiéndose a Navarro.

—¡Ah! ¿tenéis pendencia?

—Echad mano al paisano y llevémosle al cuerpo de guardia —dijo un francés.

—Al que le toque —vociferó Monsalud resguardando con su cuerpo el de su enemigo— le mataré como a un perro.

—¡Oh! ¡qué bríos! —gruñó otro francés.

—Vaya, basta de disputas —chilló un tercero—, y vénganse los dos a la taberna con nosotros.

—Tenemos que hacer en otra parte... Sigán ustedes adelante...

—Están desafiados... Ved las navajas.

Ambos contendientes cerraron y guardaron las armas.

—¿Desafío? —dijo uno que tenía la charretera de sargento—. Ahora mismo van a ir los ^{p. 95} dos al cuerpo de guardia. ¿Conque desafío? A fe de Jean-Jean que no consiento tal cosa.

—¡A la taberna, a la taberna!

Apareció entonces otro grupo de franceses que se unió al primero.

—Vamos, ven acá, farsante —gritó Jean-Jean asiendo a Monsalud por el brazo y tratando de llevárselo consigo.

—Señor espantajo —indicó un jurado amenazando al guerrillero—, o toca usted tablas ahora mismo, o le pondremos a la sombra.

Navarro calló, sofocando su coraje; pero acariciaba la navaja, dispuesto a atravesar al primero que osase ponerle la mano encima.

Salvador, desasiéndose con no poco trabajo de los que entorpecían sus movimientos, se acercó a Navarro, y comprendiendo que la situación de este no era muy satisfactoria, dijo en voz alta:

—Señores, déjenme hablar dos palabras a solas con este amigo, y después nos iremos juntos a la taberna.

—Si me dan tiempo para ir a buscar a dos de mis amigos, a dos nada más —le dijo Navarro en voz baja—, daré cuenta de ti y de esos borrachos.

—Carlos —repuso Monsalud—, ponte en salvo. Nada podemos hacer por esta noche. Estos majaderos no nos dejarán solos.

Trémulo de coraje, el guerrillero no contestó nada.

—Señala sitio y hora para mañana, para pasado mañana, para cuando quieras.

—El sitio y la hora en que nos volvamos ap. 96 encontrar —respondió Carlos echando fuego por los negros ojos.

—El sitio y la hora en que nos volvamos a encontrar —repitió Monsalud con febril resolución—. Por la noche, y por Dios que la hizo, juro que así será.

—Me voy —dijo Navarro con sarcasmo—. Tus amigos te han salvado esta noche... Ahora, cuando yo vuelva la espalda, azúzalos contra mí.

Sin más palabras ni hechos, Navarro se internó a buen paso por una oscura y solitaria calle; y como algunos de los franceses allí presentes quisieran ir tras él, púsose Monsalud entre ambas esquinas de la angosta vía, y con determinación firmísima dijo a sus camaradas:

—El que quiera seguirle tiene que pasar sobre mi cuerpo.

Cuando Jean-Jean y comparsa se empeñaban en llevar a Salvador a la taberna, este iba en tal estado de sombrío estupor y excitación mental, que a las palabras de sus amigos respondía tan solo:

—¡Él guerrillero, yo francés!... ¡Yo francés, él guerrillero!... ¡El blanco, yo negro!... ¡Él cielo, yo tierra! ¡Si ese hombre fuera Dios, yo quisiera ser el demonio!

p. 97

XII

A poco de entrar en la taberna, y antes que logran hacerle tomar nada, escapose fuera y se dirigió a su casa en lastimoso estado moral y físico, con la razón delirante, el cuerpo flojo y desmayado como el de un beodo, hablando sordamente consigo mismo a veces, y a ratos profiriendo gritos que alarmaban al vecindario. Cuando entró en su casa, hallábanse en ella, a pesar de lo avanzado de la noche, doña Perpetua y el cura, acompañando ambos a doña Fermina. En el centro de la pieza había una mesa puesta con no poco aparato de vasos y platos, desplegándose allí gallardamente todo el lujo de la casa como para una fiesta. Las viandas que sobre ella estaban, habían dejado de humear, enfriadas ya

por el largo plazo de espera, y las quijadas de la santa, como las del cura, se abrían bostezando de apetito y sueño.

—Hijo mío, ¡cuánto nos has hecho esperar! Son las once dadas —dijo doña Fermina, abrazándole—. Pero tú tienes algo; estás amarillo como un muerto. ¿Qué dices ahí entre dientes?

—¡Guerrillero él! ¡Francés yo! —murmuró Salvador dejándose caer en una silla.

—Espera, te ayudaré a que te quites el uniforme^{p. 98} —dijo la madre—. ¿Se han marchado ya los franceses?

—Salvador —dijo en tono agrio el cura, observando al sargento con severidad—. Un joven de tus cualidades no debe estar en las tabernas hasta hora tan avanzada.

Y como Monsalud no contestase a la advertencia, sino riendo a la manera que ríen los locos, el presbítero añadió, levantándose de su asiento:

—Salvador, estás borracho. ¡Qué terribles hábitos se adquieren en el ejército!

—¡Y entre franceses! —añadió la beata—. El rey les da buen ejemplo para que sean un modelo de sobriedad.

—Ya se te pasará —dijo doña Fermina con maternal benevolencia—. Hijo, ¿quieres dormir?

—Sí, dormir; quiero dormir —repuso con gozo, recostándose en un arca.

—Toma primero un bocado, muchacho.

—Sí, tengo hambre —exclamó el jurado abalanzándose a la comida y engullendo descortésmente, sin consideración a los demás convidados.

Mas al instante apartó el plato con repugnancia.

—No tengo gana —dijo entre dientes.

El cura se paseaba por la habitación agitado y colérico.

—Los malos hábitos adquiridos no se olvidan en un día —afirmó doña Perpetua, echando al viento la voz por el registro más agridulce—. Esta mañana lo dije y ahora lo repito. Fermina, haz cuenta que no tienes hijo.

^{p. 99}Doña Fermina rompió a llorar, y como interrogase cariñosamente al desgraciado joven acerca de sus propósitos y de la enmienda que por la mañana prometiera, este dijo:

—¡Guerrillero él, yo francés, francés toda la vida!

—Salvador —gritó el cura con enojo y fiereza—. Te creí traidor por inexperiencia, mas no vicioso ni degradado... Esta mañana me causabas lástima; ahora me causas horror.

—El pobrecito no sabe lo que se dice, señor cura —añadió la atribulada madre—. Esos pícaros le han llevado a la cantina, y... por fuerza le han obligado a beber. Pero es un alma de Dios mi hijo. Esta mañana nos prometió dejar para siempre esas aborrecidas banderas, y lo hará, ¿pues no ha de hacerlo...? ¿Te quedarás aquí esta noche? Suelta el uniforme y duerme.

Oyéronse entonces lejanos toques de clarín. Callaron todos, sobrecoídos por el son guerrero que parecía venir del campamento francés: Monsalud lo escuchaba con aparente júbilo. De pronto levántose, gesticulando como un insensato, y con desesperados gritos, gritó de esta manera:

—¡Viva Napoleón! ¡Viva el amo del mundo! ¡Viva Francia! ¡Mueran los guerrilleros!

—Esto no se puede tolerar —exclamó el cura bramando de ira y echando mano al respaldo de la silla que más cerca tenía—. ¡Traidor, infame y deslenguado blasfemo, sal de aquí al momento!

—¿Qué has dicho, hijo? —balbució entre angustiosos^{p. 100} sollozos doña Fermina temblando como un niño—. Tú, tú, ¿pues no eres...?

—¡Afrancesado, francés hasta morir! —repuso el joven con enérgico brío—. ¡Francés hasta morir!

—Señor cura, señor cura —dijo la madre con tanto espanto como dolor—, riñale usted.

—Buen caso hago yo de los curas —repuso Salvador mirando con desprecio al venerable Respaldiza—. Son los corruptores del linaje humano, como dicen Jean-Jean y Plobertin, que presenciaron la revolución francesa.

Doña Fermina ocultó el rostro entre sus manos.

—Señor cura guerrillero —añadió el joven con insolente sarcasmo—, cuidado no le cojamos a usted por esos trigos... En mi regimiento no hay piedad para los clérigos armados... ¡Se les coge, se les desnuda, se les ahorca!...

Doña Perpetua se levantó de su asiento como una estatua que de súbito cobra vida para aterrar a los hombres.

—¡Miren la embaucadora! —gritó Monsalud remedando con formas grotescas los ademanes de la santa mujer—. Vendré a rescatar a mi madre de las garras del demonio, para llevármela a Francia.

La beata y el cura le señalaron la puerta sin proferir una palabra.

—¡Guerrillero él, yo francés! —repitió el joven, no con palabras, sino con aullidos—. Madre, adiós, adiós... Escribiré desde Francia.

Tropezando, haciendo gestos amenazadores,^{p. 101} y articulando gritos y bravatas poco inteligibles, pero horripilantes como la risa de los locos, salió de la estancia y de la casa, mientras cura y beata auxiliaban a la infeliz madre, que había perdido el conocimiento.

XIII

El buen orden de esta historia pide que ahora dejemos a Monsalud, el cual irá solo o acompañado a donde mejor le plazca y su triste destino le lleve, y que volvamos los ojos y dirijamos nuestros pasos hacia Carlos Navarro, quien, por lo que hasta ahora de él vimos, parece ha de ser personaje de historia y digno de ser conocido más de cerca.

Singular era este hombre, y más singular aún su padre don Fernando Navarro, vulgarmente conocido en la Puebla con el remoquete de don Fernando Garrote, que de sus mayores pasó a él, sin que se pueda saber por qué. Aseguraban los ancianos de la villa que siendo todos los Navarros, desde las generaciones más remotas, hombres muy fuertes, y a más de fuertes, algo pegones y amigos de dominar a los débiles y de machacar sobre los humildes, debieron recibir por estas cualidades el sobrenombre citado, que a maravilla les caía. Los últimos vástagos de esta dinastía garrotil, son los que presentaremos^{p. 102} ahora, eligiendo para ello el momento en que, desocupada momentáneamente la Puebla por los franceses, quiso don Fernando poner en ejecución su pensamiento de ir a las partidas con Respaldiza, apretándole a ello la falta que él pensaba hacía en el ejército su tardanza, según eran los agravios que pensaba vengar, proezas que acometer, y cabezas que descalabrar.

Don Fernando vivía desde algún tiempo en una casa de campo hacia Peñacerrada, donde había puesto fin a sus viajes y correrías, porque los achaques y dolores en la trabajada osamenta eran ya obstáculo a su fantasía siempre ardiente y a su corazón valeroso. Triste, solitario y aburrido, dejaba pasar sus días en la vasta vivienda, aun en lo más crudo de la guerra, hasta que por capricho o voluntariedad impropia ya de sus años, resolvió variar de conducta. Para hacer los preparativos de marcha, trasladose el 18 de junio a la Puebla, donde tenía su casa solar, residencia habitual de su juventud y edad madura hasta los últimos años. Allí vivía de ordinario su hijo, y un pariente pobre que le administraba el mayorazgo, consistente en tierras de pan, algunas viñas, y mucho monte en el término de Treviño.

Allí le tenemos, allí está nuestro gran don Fernando en una sala baja, sentado en ancho sillón de vaqueta, con las piernas extendidas sobre un banquillo. Ocúpase en limpiar la hoja de una luenga espada de taza, hoja toledana y grandes gavilanes retorcidos. Frente a él, ^{p. 103} acurrucada en una silla baja, está la que ya conocemos, incomparable y seráfica doña Perpetua, observando con atención prolija al insigne varón.

Era don Fernando Navarro, o, si se quiere, don Fernando Garrote, un hombre de más de sesenta años; de elevada estatura y bien proporcionadas carnes; ni gordo ni flaco; arrogante en su madura edad; de frente despejada; ojos vivos; los brazos y piernas vigorosos, aunque ya nada listos a causa del mucho cansancio; ancha la espalda; curva y airoso la nariz; blancas y pobladas las cejas, así como el cabello; la piel rugosa y con largos bigotes retorcidos entrecanos, que eran singular adorno de su fisonomía en aquellos tiempos en que todo el mundo se rapaba el rostro. Tenía este hombre la apariencia de un veterano de los antiguos tercios, héroe de las batallas de San Quintín y de las Gravelinas, conquistador de medio mundo y saqueador del otro medio desde Roma hasta Maestrich. Uníase a su belleza varonil y majestuosa cierta expresioncilla insolente y de perdonavidas, y parecía satisfecho de la superioridad que Dios le había dado sobre el resto de los mortales. Observando su vanaglorioso ademán y porte guerrero, viéndole tan convencido de que la humanidad existía para que él probara sobre ella la fuerza de sus puños, se comprendía bien el apodo de *Garrote* que recibiera del vulgo. Lleváronlo sin ofenderse sus antepasados, que

también fueron tremebundos, y el don Fernando respondía al mote y a veces firmaba con él.

p. 104 Durante su juventud Navarro había guerreado bastantes años, primero en la campaña contra Portugal hacia 1762, después en el bloqueo de Gibraltar en 1779, y aun se asegura que por dar desahogo a su grande afición militar tuvo sus amagos y vislumbres de bandolerismo en tiempo de paz, lo cual es muy propio de españoles; pero esto debe acogerse con prudente desconfianza, y la honra de tan insigne varón nos obliga a no asegurar de un modo terminante lo del latrocinio, consignándolo tan solo como un simple rumor.

Lo que sí no deja duda, por constar en papel sellado dentro de los mismos archivos de la audiencia de Pamplona, es que el gran Navarro entretuvo sus ocios y dio alimento a su arrebatada actividad y ardiente fantasía, introduciendo por los Alduides tejidos de hilo y algodón, en lo que, según su entender, no se ofendía a Dios, siendo claro como el agua que ni en el Decálogo, ni en el Nuevo Testamento, ni en ningún catecismo se dice nada contra el contrabando. Hacía esto nuestro adalid, más que por propio lucro, por ayudar a los amigos, por favorecer a unos cuantos pobrecitos que vivían de ello, por armar camorra con los empleados del fisco y por dar palos. Esto era para Garrote fuente de delicias físicas y morales sin término.

Al llegar aquí, y cuando después de enumeradas casi todas las cualidades de hombre tan eminente, me encuentro enfrente de la más importante, no puedo menos de alzar los ojos al cielo, cruzar las manos, y decir: «¡Bendito p. 105 sea Dios, que en una sola pieza puso tantas y tan admirables prendas del alma y del cuerpo!» Ello era que don Fernando Navarro, luego que heredó el mayorazguillo, y además algunos pingües dineros que le dejaron dos tíos suyos venidos de las Indias, retirase a la Puebla y allí se hizo un don Juan Tenorio. Su arrogante figura, su garbo para vestir y su mucho gracejo para hablar, su gran experiencia del mundo y diestra habilidad para engañar, proporcionáronle adelantamientos fabulosos en la carrera.

Siendo al mismo tiempo muy liberal y dadivoso, así de dinero como de palos, encontraba abiertos casi todos los caminos, y bien pronto todo el condado de Treviño, toda Álava y aun parte de la Rioja, llenáronse de víctimas en distintas edades y estados. Algunos disgustos experimentó en diversas ocasiones; mas como era Garrote la persona más poderosa en la

villa, y casi, casi en la comarca; como tenía la llave dorada, y aun se habló de que iba a recibir la merced de un título de Castilla, todo se quedó en palabras y en dos o tres porrazos. Un fraile francisco quiso con amonestaciones convertirle, librando de azote tan fiero a los habitantes de la baja Álava y Rioja alavesa; mas por una singularidad digna de ser mencionada en la historia, los villanos todos, especialmente los más humildes, se pusieron de parte de Fernando, hasta que el bendito fraile se cansó, y resolvió que lo mejor era rezar por las agraviadas.

Lo que no puede pasarse en silencio es que ^{p. 106} hacia el fin de su carrera don Pedro se casó, animándole a ello su propio interés y el de una familia de Navarra que con la suya estaba genealógicamente entroncada. Antes, mucho antes del matrimonio, había nacido un varón, que fue reconocido con solemnidad. Sacó Carlitos, con el cariz y la figura de su padre, muchas de las prendas de su alma, y singularmente el valor y la generosidad, y creció el niño en la holganza, dedicándose a ejercicios de fuerza, con descuido de la inteligencia, aunque la tenía privilegiada. No mostró, como el progenitor, afición al galanteo frívolo, y durante algunos años huía de las faldas como del demonio, tanto, que creyeron iba derechito por el camino de la Iglesia; mas de pronto resultó muy apasionado y tierno, y verificose radical transformación en sus hábitos, y más que todo en su pensamiento. En el transcurso de esta fiel historia irán saliendo muchas cosas que ahora no conviene anticipar, y que completarán el conocimiento de este benemérito joven, primero mojigato, guerrillero después, y adornado siempre de estupendas cualidades.

Ahora lo que importa referir es que en 1812 tomó el gusto Carlitos a las partidas, enamorándose de tal modo de aquella errante, gloriosa y popular vida, que a vuelta de pocos meses era uno de los más bravos e inteligentes soldados del bravísimo Longa, siendo tantas sus hazañas que en la Puebla de Arganzón gozaba de más fama que en Macedonia el Grande Alejandro. No está de más decir que, entre las causas que determinaron a don Fernando a meter ^{p. 107} su cucharada en el negocio de la guerra, no fue la menor cierta comezoncilla o, por ponerlo más claro, cierta envidia del gran renombre de su hijo, y tenía la certidumbre de que con solo echarse al campo eclipsaría con un solo arranque las proezas de todos los fusileros de Longa, Mina y Pastor.

Conocidas así las personas, refiramos ahora lo que hablaron doña Perpetua y el señor Garrote, mientras este, esperando a su hijo, al cura Respaldiza y demás personas que debían acompañarle, se ocupaba en limpiar el moho a varios trebejos, resto de su alborotada mocedad.

—Reflexione usted, señor Garrote —dijo la vieja apoyando las manos en el palo y la barba en las manos—, sobre lo que tantas veces le he dicho y ahora le repito. Un hombre lleno de pecados, que ha sido el escándalo de un siglo y el Satanás de esta honrada villa, debe ocuparse en arreglar sus largas cuentas con Dios para no presentarse a Él desprevenido, con el libro de las deudas de su conciencia tan embrollado y lleno de borrones.

—Cuando vuelva de la guerra, viejecita —repuso don Fernando cariñosamente y con cierto respeto—, te prometo reconciliarme y poner el mayor arreglo en mi libro.

—¡De la guerra! —exclamó la vieja moviendo la cabeza—; ¡y quién sabe si esos pobres huesos molidos volverán como salen! ¡Semejante estafermo no puede mantenerse sobre el caballo, y habla de matar franceses y de ganar batallas! ¡Alabado sea el Señor! ¿No vale más que el señor Garrote se esté quietecito en su casa? Yo ^{p. 108} vendré a hacerle compañía, y nos regocijaremos hablando de los benditos tiempos pasados y de la ruindad de los presentes, así como de la supina perversidad de los que han de venir, trayendo seguramente el fin y ruina total del mundo.

—Viejecita —repuso don Fernando—, en sesenta años que he vivido no he sentido gusto semejante al que ahora llena mi alma por la empresa que voy a acometer... Ya, ya verán una mano pesada para el sable... Seguramente los franceses tienen ya noticia de que me preparo...

—Si se preparara usted para una buena, larga y devota confesión que fuera una limpia general de su alma, mejor sería... —dijo la santa mujer.

—Hay muchos medios de limpiar el alma y dejarla como un espejo —afirmó triunfalmente Garrote, esgrimiendo la espada y dando dos o tres tajos en el aire—, muchas maneras, y de esto hablan los Santos Padres, según creo, madrita; y si no hablan, es porque se les quedó en el tintero.

—No conozco más medio que el arrepentimiento.

—Verdad es que yo he pecado bastante —dijo el héroe—; pero ha sido sin mala intención. Reconozco que he ofendido a Dios; pero si después de la ofensa le sirvo, ¿el servicio no quita la ofensa?

La mujer del siglo miró con estupor al anciano, sin contestarle.

—Yo pequé —continuó este—; pero he aquí^{p. 109} que la gran contienda entre Dios y el demonio es llevada a los campos de batalla; he aquí que yo, hombre un poco ligero de cascos, pero cristiano viejo y con una fe como un templo, saco la espada y digo: «Señor, si mucho te ofendí, ahora te consagro mi vida, y voy a morir en defensa de tu Iglesia o a matar a todos tus enemigos.» Este acto, señora doña Perpetua, esta abnegación mía por la causa de Dios, ¿no bastan a limpiarme, cual si echaran mi alma en lejía?

—Según y cómo —respondió la anciana, confusa ante un problema nuevo para ella, cuya solución no podía dar en definitiva—. Ejemplos hay de guerreros insignes que han ido a ocupar lugar preferente en el cielo solo por una buena batallita ganada contra herejes; pero no se dice que tuvieran muchos pecados, ni que estuviesen impenitentes.

—¿Y qué más penitencia que la muerte en defensa de Cristo? —exclamó el guerrero sintiéndose con más fuerza que su antagonista—. ¡Morir, derramar uno su sangre por una causa, por una idea, por la religión, por Dios!...

—¡Oh! sí, es verdad, sí, sí —dijo la vieja abrumada por esta lógica.

—¿Nuestro Señor Jesucristo no nos dio el ejemplo? ¿No redimió a todo el género humano, y, muriendo, no limpió la gran mancha original, sin dejar rastro de ella?

Al decir esto, el señor Garrote frotaba con verdadero frenesí la hoja de acero, como si la herrumbre que tenía fuera la de su propia^{p. 110} alma, y aquel orín el inveterado orín de su propia conciencia.

—Es verdad —gruñó la vieja—. Vaya el señor don Fernando a la guerra, si bien no estaría de más una confesión general y algún acto de reparación para tranquilizar el alma de quien yo me sé, de un ángel de Dios, señor don Fernando...

La beata fijó en Garrote sus penetrantes ojos negros, y Navarro frunció ligeramente el ceño, demostrando que aquel tratado de los ángeles de Dios no era muy de su agrado. Pero la santa mujer, hecha de muy antiguo a reprender sin rebozo las faltas ajenas y a sentenciar en materia de pecados con tanto aplomo como el Papa desde la silla del Pescador, no hizo caso del avinagrado gesto de don Fernando, y dijo:

—Señor Lucifer, de todas las excelentes muchachas que usted perdió para siempre, una sola existe en la Puebla de Arganzón; mas tan quebrantada por los disgustos y la vergüenza de su desgracia, que es

difícil conocer en su abatido y ya viejo rostro a la hermosa hija de don Pablo el Riojano.

—Bueno, bueno —dijo Garrote frotando con más fuerza—. ¿Y qué tengo yo que ver con esa mujer?

—¡Conciencia empedernida! ¡Hombre sin entrañas! ¿No la perdió usted para siempre? En Pipaón, hace veintidós años, todo el mundo sabía que don Fernando Garrote tenía amores con la niña del Riojano, y se corrió la voz de que se iban a casar. Desde entonces ha pasado^{p. 111} mucho tiempo. Vino doña Fermina a la Puebla hace dos años, traída por su mezquina herencia y el enfadoso pleito que la dejará sin camisa que ponerse. Pocos la tratan aquí, y en cuanto a sus tristes antecedentes, solo yo, por confianza que me ha hecho, correspondiendo a mis cristianos consejos, sé que esta venerable y modesta mujer es la doncella engañada hace más de veinte años en Pipaón, y que Salvadorcillo Monsalud es de la propia carne, de la misma sangre y de los mismísimos huesos de este tenebrario que tengo delante.

—¡Cuánto sabe la madre! —dijo don Fernando, frotando el arma hasta desollarse los dedos—. Supe que Ferminilla había venido a la Puebla hace dos años trayendo consigo a un muchacho revoltoso; pero como casi todo el tiempo vivo en Peñacerrada, a ninguno de ellos he visto... y a la verdad, no son muchas las ganas...

—Pues yo la veo todos los días. Yo la acompaño y consuelo de la amarga tristeza que aún hoy sus desdichas y su atroz pecado le causan. Cuando llegó aquí, picome la curiosidad. Viéndola tan piadosa, tan santa y ejemplar, pues es mujer que no sale de su casa más que para ir a la iglesia, solicité su amistad: conocí que era un alma abatida y que necesitaba de mí. ¿Qué habría sido de ella sin mis consejos? Se los di, pues; mi conversación le agradó en extremo, y abriome su corazón confiándome todo, y especialmente la tristeza de su desgracia, cuyo autor fue este señorítico precioso.

^{p. 112}—Bien, ¿y qué? —dijo Navarro esforzándose en aparecer risueño, y dejando a un lado la espada que estaba más limpia que alma de bienaventurado—. Yo, la verdad, lo hice sin mala intención.

—¡Sin mala intención! —exclamó la beata con enojado semblante—. Sin mala intención dicen que se rebeló Luzbel contra Dios. Esa buena mujer es la criatura más desgraciada que existe en el mundo; y aunque seguramente Dios la ha perdonado por su grande arrepentimiento y

continuo llorar, ella jamás se consuela, y ahora, con la reciente desgracia del hijo que idolatraba, parece que va a entregar su alma al Señor.

—Pues qué, ¿ha muerto su hijo? —preguntó Garrote con vivo interés.

—Se ha pasado a los franceses, lo cual es peor que morir —repuso doña Perpetua—. Se ha pasado a los franceses, que es como morir el alma y seguir viviendo el cuerpo para afrenta de la familia y de la nación... Anoche mismo...

—¡Y dices que es hijo mío! —exclamó don Fernando con rabia, dando fuerte patada en el suelo—. No, madrita: ese muchacho no tiene mi sangre... Es mentira, ¡viven los cielos!

Iba a seguir protestando, cuando le interrumpió de súbito la presencia de su hijo Carlos, que acababa de entrar.

p. 113

XIV

Carlitos era bastante parecido a su padre, salvo algunas diferencias: se le asemejaba en la tez morena, en los cabellos asimismo negros, en la arrogancia del cuerpo y talle y en cierta expresión de nobleza que en toda su persona gallardamente se mostraba. Diferenciábase en la estructura de las cejas, que en el mozo eran juntas, y en la seriedad invariable y algo torva que tenía en sus grandes ojos. Con respeto adelantose el joven hacia su padre, cuya mano besó, repitiendo la misma señal de veneración y cortesía en las arrugadas extremidades de la vieja. Don Fernando contemplaba a su hijo con el arrobamiento de un artista satisfecho y enfatuado ante la belleza de su obra maestra.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó.

—Dentro de una hora —repuso el joven—. Difícil es que nos unamos a la partida de Longa, que está en Murguía con los ingleses; pero nos uniremos a los que están hacia Miranda con el general Morillo. Para no tropezar con los franceses, daremos la vuelta por Uralde y Burgueta,

tomando el camino real en Armiñón. No hay nada que temer por ese lado.

Don Fernando se levantó para desperezarse, lo cual hizo como un león viejo, no sin que p. 114 crujieran sus choquezuelas y sus articulaciones todas. Después dio algunos pasos por la habitación como para probar la elasticidad de sus miembros, y dijo:

—Esta máquina sirve todavía.

Y luego dio fuertes voces llamando a sus criados.

—¡El caballo!... ¡ensillar el caballo!

Doña Perpetua, firme siempre en la perpetuidad de su desaprobación, movía la cabeza en señal de duda respecto a la eficacia de aquella máquina para hacer algo de provecho, y si no con la boca, con los ojos reprendió a don Fernando por su atrevida aventura.

Al punto comenzó Garrote su atavío marcial, sepultando sus pies en antiguas botas de cuero fino. Forrose después en un chaleco grueso, y se fajó con una interminable banda de seda que le dio muchas vueltas en torno a la cintura, y sobre esto se puso un uniforme blanco de los antiguos regimientos, el cual, aunque viejo y fuera de moda, estaba servible. La cabeza la adornó con un deforme sombrero procedente de las campañas del anterior siglo y que recordaba al general O'Reilly. A pesar de la notoria ancianidad de dichas prendas, tal era la histórica figura del insigne Navarro que con ellas no resultaba ridículo.

Al vestirse parecía que se remozaba; la alegría brillaba en sus ojos; decía mil bufonadas graciosas, y con fatuidad chispeante se presentaba a sí mismo como modelo de apuestos militares, deprimiendo a la afeminada juventud del día. En mitad de esta escena entró el p. 115 cura hecho un arsenal ambulante, según venía de armado y municionado, y celebró con palmadas y vítores los preparativos de su amigo, mostrando los suyos y volviéndose de todos lados para que le vieran.

—¡A matar franceses! —gritó el presbítero—. ¡A matar franceses y afrancesados, para gloria de la nación y triunfo de la fe!

—Señores —dijo Garrote con hueca voz y un poco del tonillo pedantesco de los oradores modernos—, toda mi vida la he consagrado al servicio del rey, de la patria, de la religión...

La beata, frunciendo el ceño, miró a don Fernando con expresión de burla.

—No, de la religión, no —añadió Navarro con modestia—; quiero decir que no he prestado a la religión servicios directos; pero siempre he sido piadoso, buen cristiano y temeroso de Dios... Alguno que otro pecadillo que anda suelto por ahí no es para darse de cabezadas, ¿no es verdad, señor cura?

—Sí, hombre, sí —exclamó el padre de almas con risa campechana—. Contra una juventud algo ligera, viene una vejez heroica en servicio de Dios.

—¡En servicio de Dios! A eso iba —prosiguió Garrote, acompañando sus palabras con una enérgica acción del dedo índice—. Quería decir que siempre fui ferviente cristiano, y una vez reventé a palos a dos contrabandistas porque hablaron mal de la santidad de Pío VI. Señores, en mis campañas gloriosas, o por mejor decir, en toda mi vida, he tenido por norte la honra del rey, la honra de la nación, y ^{p. 116} sobre todos los nortes y sures, el norte de la religión, que es mi guía, mi faro, mi luz del cielo.

—Si este don Fernando no hace ahora un par de heroicidades estupendas que dejen atrás la antigüedad de Aníbal y Césares —exclamó con entusiasmo el cura—, me dejo quitar el hábito que visto y las licencias del sagrado orden que practico.

—Pues bien, señores —siguió el héroe—, ¿a qué han venido aquí los franceses? A quitarnos nuestro rey, a quitarnos nuestra patria y a quitarnos, ¡oh crimen nefando!, nuestra santa religión. Ved a España entera cómo se levanta en contra de esa canalla y en pro de tan caros objetos. Ved a España, vedme a mí, que un poco tarde, pero a tiempo todavía, me decido a echar una cana al aire.

—¡Una cana al aire! —repitió doña Perpetua rascándose—. Si don Fernando no las deja todas en el campo de batalla, será milagro del cielo.

—Hay un mal grave, señores; un mal terrible, al cual es preciso combatir —continuó Garrote sin hacer caso de la vieja—. ¿Qué mal es este? Que los franceses han traído acá la idea de cambiar nuestras costumbres, de echar por tierra todas las prácticas del gobierno de estos reinos, de mudar nuestra vida, haciéndonos a todos franceses, descreídos, afeminados, badulaques, tontos de capirote y eunucos. ¿Y qué ha sucedido? Que mientras la mayor parte de los españoles se echaban al campo para extirpar toda la maleza galaica y sahumar con el ^{p. 117} vapor de la guerra el país infestado de franceses, unos pocos de los nuestros

han admitido aquella mudanza. ¡Abominables tiempos, señores! Ved cómo hay en Madrid una casta de miserables sabandijos a quien llaman afrancesados, que son los que visten a la francesa, comen a la francesa y piensan a la francesa. Para ellos no hay España, y todos los que guerreamos por la patria somos necios y locos. Pero todavía existe una canalla peor que la canalla afrancesada, pues estos al menos son malvados descubiertos, y los otros hipócritas infames. ¿Sabéis a quién me refiero? Pues os lo diré. Hablo de los que en Cádiz han hecho lo que llaman la Constitución, y los que no se ocupan sino de nuevas leyes y nuevos principios y otras gansadas de que yo me reiría, si no viera que este torrente constitucional trae mucha agua turbia y hace espantoso ruido, por arrastrar en su seno piedras y cadáveres y fango. ¿Queréis pruebas? Pues oídlas. Estos hombres se fingen muy patriotas y aparentan odiar al francés; pero en realidad le aman. ¡Ah! Pasad la vista por sus abominables *Gacetas*. ¿Las habéis leído? Decís que no. Pues yo las he leído, y sé que respiran odio a los patriotas, al rey y a la sacrosanta religión. Son los discípulos de Voltaire, que van por el mundo predicando la nueva de Satanás.

El cura, al oír esto, sintió que las lágrimas se agolpaban a sus ojos. Eran lágrimas de admiración. Estaba pálido, mas no de envidia, aunque reconocía que él jamás había dicho en sus sermones cosas tan bellas.

p. 118—Pues bien, señores —añadió Navarro—, hoy voy a combatir contra los franceses, y mañana contra los afrancesados, que son peores, y después contra los llamados liberales, que son pésimos; y si yo no pudiere o si Dios se sirve llamarme a sí sobre el campo de batalla, aquí está mi hijo, a quien entregaré mi espada y que ya tiene mi espíritu.

—Dios, que vela por España —dijo el cura con acento solemne—, nos conservará a nuestro buen amigo y volveremos todos cubiertos de laureles.

—Los laureles —dijo la beata—, no caen mal sobre una frente serena que pueda alzarse ante el tribunal de Dios sin los rubores del pecado. Señor don Fernando, ponga sus cinco sentidos en lo que le he dicho, y no entregue su cuerpo al plomo enemigo sin descargar su alma del peso de tantas y tan negras culpas. El cuerpo que sirve de vaso a un alma limpia es respetado por la muerte; no así el que es saco de inmundicias. No hay contra el plomo y las bayonetas mejor coraza que una buena y general confesión.

—Viejecita —repuso don Fernando sonriendo—, como el cura va conmigo a la guerra, echaremos un párrafo por esos caminos, y entre batalla y batalla me iré descargando de todos mis pecados y él absolviéndome, todo esto al compás de nuestras caballerías.

—Cabal, cabal —exclamó el presbítero—. Por mucha que sea la faena, no falta un ratito para meter la mano en la conciencia y sacar algunos puñados de maleza.

p. 119—Y para los soldados, voto al chápíro —dijo don Fernando golpeando el suelo con la contera de la espada—, ha de haber un poquito de manga ancha. Ya se ve: siempre en campaña al sol y al frío, comiendo poco y bebiendo menos, sin otro regalo que mil trabajos, y teniendo por cama el suelo, por descanso la fatiga, por almuerzo la pólvora y por cena la metralla... ¡Oh!, los que así vivimos no podemos ser mirados como los demás: ¿no es verdad, señor cura?

—Verdad, verdad... ¡Conque en marcha!... ¿No se te olvida nada, Respaldiza? —dijo el cura preguntándose a sí mismo y tentándose el cuerpo—. No, nada se te olvida, curita... la pólvora, las balas, el frasquito de aguardiente, las lonjas de jamón... el chocolate crudo... el tabaco...

A todas estas iba llegando gente, amigos del insigne Garrote.

Llegó la hora de la partida, y los expedicionarios oprimían los lomos de sus respectivas caballerías. La salida de la casa fue una verdadera ovación. Don Fernando, seguido de su hijo, del cura y de los demás guerrilleros, rompió por entre la multitud que le vitoreaba, aclamándole padre de la patria y héroe de la Puebla. En aquel instante nadie se acordaba de las fechorías de don Fernando Garrote, que había sido siempre popular, muy popular, lo mismo por sus generosidades que por sus atrevimientos. En España los audaces de buena cepa, aunque sean bandidos o Tenorios, son siempre queridos y admirados del pueblo, que lo perdona^{p. 120} todo, a excepción de la cobardía y la avaricia.

Luego que se encontró fuera de la villa y en pleno campo la pequeña partida, compuesta de una docena de hombres, Carlos, indicando la dirección de Treviño, que debían tomar por las montañas, se puso a vanguardia con otro amigo, para explorar el camino y ver si se distinguían fuerzas francesas. En tanto, don Fernando y el cura, quedándose solos atrás, emparejaron sus cabalgaduras, que perezosamente iban al paso, y entablaron el curiosísimo diálogo que se verá a continuación:
